

*Selecta*

*Mi dulce estrella*  
*Mentiras con amor 3*

A photograph of a man and a woman embracing on a beach at sunset. The man is on the left, wearing a denim jacket, and the woman is on the right, wearing a colorful knit sweater. They are both seen from behind, looking out at the ocean. The sky is a deep blue with a bright sun low on the horizon, creating a lens flare effect. The beach is covered in dark pebbles.

**Chris Razo**

Mi dulce estrella

Mentiras con amor 3

*Chris Razo*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

*A Joaky, porque sin ella este libro nunca hubiera existido.  
Gracias por ser parte de todo. Gracias por tu amistad.*

## Capítulo 1

Hoy es la fiesta de cumpleaños de Estrella y, aunque he puesto mi mejor sonrisa, lo cierto es que me estoy muriendo por dentro. Ha venido con él. Martín. ¡Maldito el día que los presenté!

—Ales, ¡has venido!

—Por supuesto. No me perdería tu cumpleaños por nada del mundo. —Se acerca y me abraza. Es tan intenso lo que siento por esta mujer que, a veces, hasta duele.

—Gracias por venir. —Me sonrío y, cada vez que lo hace, mi mundo se para frente a ella. Pero soy un maldito cobarde, incapaz de decirle lo que siento.

—Hola, tío, ¿cómo va todo? —pregunta Martín y me tiende la mano.

—Hola, todo bien, ¿y tú?

—Encantado con tu prima. Aparte de preciosa por fuera, es encantadora por dentro. —¿Mi prima? Pero ¿qué dice este imbécil? Sí, es cierto que hace años que nos tratamos como primos, pero no lo somos. ¡Joder! ¡No lo somos! Cada vez que pienso que yo mismo la he echado en brazos de él, me siento todavía más idiota.

Cansado de escuchar tonterías y de ver lo bien que se lo pasan, decido irme a dar una vuelta. Para mi buena suerte, se me acerca una chica.

—Hola, Ales. Soy Nerea, amiga de Estrella.

—Hola. Encantado. —Intento sonreír, aunque sin ninguna gana.

—Eres mucho más guapo al natural.

—Gracias.

—Estrella siempre nos habla de ti. ¿Tienes novia?

—No. En este momento no pienso en eso.

—Quizás, algún día podríamos quedar... No sé, tal vez, tomar algo.

—Sí, puede que algún día. Lo siento, Nerea, pero tengo que irme. Encantado. —No me gusta ser maleducado, pero lo que menos me interesa en este momento son líos de faldas. Mi mente y mi corazón solo le pertenecen a una persona.

Me dirijo a por una copa cuando veo algo que me parte en dos. ¡Estrella y Martín besándose!

¿De verdad me está ocurriendo esto? Cojo la copa y salgo al jardín. Bebo durante toda la noche para que mi dolor sea más llevadero. Jamás pensé que un beso pudiera destrozarme tanto.

*Creo que ha llegado el momento de la retirada, Alessandro. Estrella no es para ti, no le gustas.*

En todos estos años, ni siquiera he notado un solo gesto que me hiciera pensar lo contrario.

*Ella solo te ve como su primo.*

¡Soy un imbécil! Ni siquiera sé qué hago aquí.

—Alessandro, ¿qué haces aquí solo? —pregunta Estrella.

—Necesitaba tomar aire.

—¿Te encuentras mal? —La miro. Quiero odiarla pero, aunque lo deseo con todas mis fuerzas, no puedo.

—Estoy bien. Voy a marcharme ya, no pinto demasiado aquí.

—¿Cómo que no pintas demasiado? Eres... —No la dejo terminar.

—Tu primo, ¿no? Eso es lo que le dices a todo el mundo. —No puedo evitar que mi tono sea de enfado.

—¿A qué viene eso ahora, Ales? ¿Por qué estas así? —Mi mirada se llena de ira por momentos.

—Porque estoy cansado, Estrella. Estoy cansado de que no me veas.

—Claro que te veo. Sabes lo importante que eres para mí.

—¿Me ves, Estrella? ¿De verdad lo haces? Llevo años queriéndote, sin separarme de ti, cuidándote, protegiéndote, queriéndote... Siendo invisible para ti, porque sabes que estoy ahí, pero tus ojos no me ven, o no de la forma que a mí me gustaría.

—No entiendo lo que dices.

—¿No lo entiendes? ¡¡Estoy enamorado de ti, Estrella!! Llevo años queriéndote, haciéndolo en silencio, sabiendo que nunca seríamos nada. Llevo años sufriendo, viendo cómo creces a mi lado, cómo te acercas a chicos, y los celos me matan por dentro. No puedo seguir así. Hoy, por poco, cometo una locura y le arranco la cabeza a ese tío por poner sus labios en los tuyos, por besarte, por hacer eso que llevo tanto tiempo deseando. Esa es mi verdad, Estrella. Estoy enamorado de ti, perdidamente. Y no soporto ver cómo otro te toca, cómo lo miras de la manera en la que a mí nunca me verás. Estoy pagando un precio muy alto por tenerte a mi lado. Pero lo que ha ocurrido hoy, ten claro, no volverá a suceder. No pienso presenciar nunca más algo así. Esto me va a doler más a mí que a ti, pero no podemos seguir viéndonos. No premeditadamente, no lo soportaría. Lo siento; esto duele demasiado. —Suelto la copa y me marchó. No le doy tiempo a decirme nada. Tampoco quiero escucharla, no me interesa saber que me ve como a alguien de su familia. Quizás, sea mejor así.

## Capítulo 2

Llevo varios días pensando en todo lo que sucedió en la fiesta de Estrella. Ella me ha llamado, pero desde esa noche mi teléfono no ha respondido a sus llamadas. Si quiero olvidarla, necesito alejarla de mí. Creo que es lo más sensato por mi parte.

—Cariño, ¿podemos hablar? —Mi madre entra en mi habitación y, por el tono de su voz, sé perfectamente de lo que viene a hablarme.

—¡Claro, mamá, pasa!

—Alessandro, tu padre y yo estamos preocupados por ti. Sé que ya eres mayor, que nosotros no tenemos que meternos en ciertas cosas, pero...

—Pero lo hacéis. Lo sé, mamá. Dime qué es eso que tanto os inquieta.

—Es por Estrella. Ana me ha llamado y dicho que ella está... —No dejes que mi madre continúe.

—Lo siento, mamá, pero no quiero saber nada de ese tema. La otra noche hablé muy claro.

—¿Por qué has tomado esa decisión? ¿Qué ha pasado para que no quieras volver a verla, hijo?

—Me he cansado de sufrir, mamá. Ella siempre me ha considerado parte de su familia, y yo no puedo seguir viendo cómo es feliz con otro hombre. Suena egoísta, pero es lo que siento.

—Te entiendo, hijo. Sé lo difícil que es estar enamorado de alguien que no te ve. También te he dicho, muchas veces, que yo sé que Estrella no te considera de la familia. Creo que...

—Mamá, ¿podemos olvidar el tema?

—Sí, cariño. Solo quiero que sepas que estoy aquí; puedes contarme lo que quieras. Yo siempre estaré a tu lado para apoyarte, mi vida.

—Lo sé. Te quiero, mamá. —Mi madre me acurruca entre sus brazos, como lo hacía cuando era pequeño, y yo me siento como ese niño de años atrás, protegido por el amor de mi madre.

La charla con mi madre y los miles de pensamientos que han abarcado mi mente durante todo el fin de semana hacen que tome una decisión, y esa es marcharme del país. Puede que esté huyendo o que solo necesite desconectar de todo esto para poner en orden mi vida.

Pienso en cómo decírselo a mis padres. Ellos siempre han respetado mis decisiones, pero estoy seguro de que el irme lejos de ellos no va a ser algo con lo que estén de acuerdo.

Después de varios días buscando la manera de hablar con ellos, el temido momento llega.



Esa noche, ambos están sentados en el sofá, abrazados y hablando.

—Papá, mamá, ¿podemos hablar? —pregunto un poco angustiado.

—Por supuesto, cariño. ¿Sucede algo? —espeta mi madre.

—Quiero contaros algo importante. Llevo varios días tratando de hablar con vosotros, pero no encontraba la manera. —Mi padre se incorpora del sofá y me mira con semblante serio.

—Alessandro, me estás asustando. Dime lo que ocurre —implora mi madre.

—Quiero marcharme del país. Han ocurrido muchas cosas, en estos últimos días, que me han hecho pensar en cómo estoy llevando mi vida. Quiero y necesito un cambio de aire. A lo mejor, vuelvo antes de lo previsto, pero también quiero que sepáis que no me voy para unos días.

—¡No vas a ir a ningún lado, Alessandro! No puedes huir solo porque Estrella no quiera estar a tu lado de la manera en que tú quieres. No voy a permitir que mi hijo se vaya de mi lado —dice mi madre con la voz acalorada.

—No puedes impedir que me vaya, mamá; soy mayor de edad. Pero, además, es una decisión que solo yo debo tomar. Necesito alejarme de todo esto. Lo entiendas o no, mamá, es mi decisión.

—Marcos, ¿estás escuchando a tu hijo? ¿No piensas decirle nada? ¡No puedo creerlo!

—Sofía, cálmate, trata de entender a tu hijo. Creo que está tomando la decisión correcta. Lleva meses cabizbajo. ¿No ves la tristeza de sus ojos?

—¿Piensas ponerte de su parte? ¡No te entiendo, Marcos!

—No se trata de ponerse de parte de nadie. Solo estoy diciendo que me parece bien la decisión que ha tomado. Prefiero que se aleje un tiempo y vuelva a ser el mismo a que siga como alma en pena por más tiempo. ¿De verdad tú quieres verlo así? —Mi padre trata de calmar a mi madre aunque, a veces, resulta imposible hacerlo. Ella se queda en silencio unos minutos, y dos lágrimas caen por sus mejillas. Me acerco rápidamente a ella y acaricio suavemente su rostro.

—Mamá, no quiero que estés triste. Me ha costado mucho tomar la decisión, pero sé que estoy haciendo lo correcto. Necesito ser feliz y, para ello, tengo que alejarme de todo lo que me hace daño. No va a ser fácil teneros lejos, pero te aseguro que, tarde o temprano, te darás cuenta de que era lo mejor, mamá.

—¿Tenerte lejos, lo mejor? ¿No podemos solucionar las cosas aquí, hijo?

—Los dos sabemos que eso no es posible. No puedo estar cerca de ella, no por el momento.

—Sofía, nuestro hijo está haciendo lo correcto. A mí tampoco me gusta que se vaya lejos, pero respeto su decisión. Solo quiero tu felicidad, Alessandro; si irte va a ayudar a que eso sea posible, tienes mi apoyo incondicional. —Entiendo lo difícil que le resulta a mi padre que me aleje de él, pero también sé que comprende cómo me siento.

—Gracias, papá. —Ambos nos fundimos en un cálido abrazo.

—¿Tu padre sabe la decisión que has tomado? —Esto de tener dos familias a uno lo vuelve loco.

—Todavía no. Quería hablarlo primero con vosotros. Sé que me apoyará.

—Álvaro siempre te lo consiente todo —dice mi madre en un susurro.



—¡Sofía! —la regaña mi padre.

—Es la verdad, Marcos. Él siempre ha sido el que más lo ha consentido.

—Ambos sabemos que, cuando lo ha tenido que regañar, también lo ha hecho. No creo que tengas nada que reprocharle en ese aspecto.

—¿Por qué no lo invitas a cenar a casa, y charlamos los tres de todo esto? —pregunta mi madre.

—Está bien, pero eso no hará que cambie de opinión, mamá. Quiero que lo tengas claro.

—Lo sé. Si en algo te pareces a tus dos padres es en que eres un cabezota, igual que ellos. —  
Por fin consigo verlos sonreír.

—Voy a llamarlo. Quizá, pueda venir mañana.

—Hazlo, cariño —dice mi madre. Me acerco a ella y le doy un tierno beso en la mejilla.

—Te quiero, mamá. Nunca lo olvides. —Sé lo importante que es para mi madre que yo le diga esas palabras.

## Capítulo 3

La conversación con mi padre no fue mucho mejor que la que tuve con mi madre. Quedamos todos en casa para cenar, y mi madre siguió con su discurso. Entiendo que no quiera que me vaya, pero al final ha conseguido algo difícil: que ella y mi padre Álvaro se pongan de acuerdo en algo.

Él me ha ofrecido quedarme con él en su casa, pero no son tantos kilómetros como para pensar en su propuesta.

Mi padre tampoco entiende que me marche por Estrella. Cree que, aunque lo haga, el problema seguirá estando ahí. Yo no opino lo mismo y, por esa razón, he decidido irme.

Después de una acalorada discusión con los tres, las aguas se calmaron, y entendieron que solo yo puedo decidir.

He comenzado a mirar trabajos y casas. Nadie sabrá a dónde me voy hasta que no esté allí. No quiero que sepan de mi paradero, algo con lo que ninguno de mis padres está de acuerdo. Pero sé que, tarde o temprano, todo llegará a oídos de Estrella, y no quiero que intente buscarme.

Desde las palabras de aquella noche, no hemos vuelto a hablar. Mi tía Ana ha tratado de ponerse en contacto conmigo, pero yo tampoco me he sentido con fuerzas para hacerlo. Sé que mi madre la habrá puesto al tanto de mi decisión.

Unos días después, comienzo a hacer la maleta. Mi madre entra de nuevo en la habitación. Su semblante se ha vuelto serio desde que le dije que me marchaba.

—¿Puedo pasar? —pregunta con timidez.

—Por supuesto, mamá. Estoy preparando la maleta.

—¿Quieres que te ayude? Siempre has sido un poco desastre para estas cosas.

—No te preocupes, mamá. Voy a estar bien, no me voy para siempre. No es la primera vez que me marcho de tu lado; ya lo hice cuando estuve estudiando. ¿Por qué ahora te parece un drama?

—Porque antes sabía que volverías. Pero ahora, sabiendo el motivo de tu marcha, estoy segura de que tu vuelta no será tan fácil.

—Tú sabes todo lo que ha ocurrido en estos años. Me gustaría olvidarme de ella, mamá, pero se ha convertido en algo imposible y demasiado doloroso para mí.

—Lo sé, también veo la tristeza en tus ojos; pero me da miedo que, estando lejos de nosotros, todo sea mucho peor. Prométeme que volverás, cariño.

—¡Claro, mamá! Te llamaré todos los días para que no notes mi ausencia. Papá y las chicas cuidarán de ti.

—Sabes que os quiero a todos por igual, pero contigo he tenido una conexión especial. Siempre me has contado todo lo que te ocurría desde pequeño.

—Todo eso va a seguir igual, mamá. ¿Qué te hace pensar que las cosas van a cambiar?

—Supongo que tengo miedo de que te acostumbres a vivir sin nosotros.

—Eso nunca pasará, mamá. Sois mi familia. Os echaré de menos todos los días; tenlo por seguro. Sin vosotros, nada será igual. —Las lágrimas vuelven a caer por las mejillas de mi madre, y puedo sentir una profunda tristeza en sus ojos. No quiero verla así, y mucho menos sabiendo que soy yo quien provoca ese sentimiento en ella.

—Lo siento, cariño. Me prometí a mí misma que no volvería a llorar, pero parece que no soy capaz de cumplirlo.

—Te entiendo, mamá. No tengo nada que reprocharte.

—¿Ya sabes cuándo te vas?

—Estoy mirando los billetes, creo que será cuestión de días. Quiero que estés bien, por favor.irme viéndote sumergida en esta tristeza no me ayuda demasiado.

—Lo intentaré, te lo prometo. Puede que no sea el momento de decirte esto, pero hablé con tu tía Ana y, también, con... Estrella.

—Cuéntamelo, mamá. No pasa nada.

—Me preguntó qué había pasado entre vosotros. Dice que, desde su cumpleaños, Estrella está triste y que apenas quiere salir de casa. Me comentó que te había llamado en varias ocasiones, pero que no le habías cogido el teléfono. Cariño, no tuve más remedio que contarle lo que está sucediendo; estaba realmente preocupada. Espero que me perdones.

—No te preocupes, mamá. Era cuestión de tiempo que se enterara. Lamento que Estrella no esté bien. Aunque no me creas, no le deseo ningún mal.

—¡Por supuesto que lo sé! Tú no le desearías el mal ni a una mosca, mucho menos a una persona a la que quieres tanto.

—¿Y qué dijo la tía?

—Que algo se imaginaba, pero que ella creía que acabaríais juntos. Le dije que te marchabas en unos días, y su voz sonaba triste. Me pidió hablar contigo antes de que lo hicieras. No sé si tú quieres hacerlo, no me atreví a decirle que sí.

—Supongo que le debo una explicación, sé lo mucho que me quiere.

—Me encantaría que las cosas entre vosotros fueran distintas, cariño. Hubiera dado cualquier cosa por que no sufieras, mi amor. Sé lo duro que puede resultar, a veces, el amor.

—¿Crees que soy egoísta, mamá? —La mirada de mi madre está llena de ternura.

—Claro que no, mi vida. Solo eres un chico que trata de curar las heridas de su corazón. Todos los que te queremos deseamos verte feliz. Me encantaría que el amor que tú sientes por Estrella fuera correspondido, pero a veces la vida es muy injusta.

—He tratado de ser fuerte, pero no es fácil ver cómo la persona a la que quieres comparte su vida con otra delante de tus narices. Me duele el alma cada vez que se acerca a ella. —Mis ojos se llenan de lágrimas. Trato de bajar la vista, pero mi madre coge mi barbilla y me obliga a mirarla.

—Cariño, tú eres especial. Cualquiera mujer se sentiría orgullosa de estar contigo. No te mereces esta tristeza. Sé que, tarde o temprano, tu corazón sanará; que conocerás a una persona que te haga sentir, de nuevo, esas mariposas en el estómago. No te cierres al amor, hijo. Eres un chico maravilloso. Y esto solo es una mala racha que pasará cuando menos lo pienses. No te acordarás de todo esto.

—Gracias, mamá. Siempre has sido la persona más importante de mi vida.

—Lo sé, y por eso quiero que sigas contando conmigo. Aunque estemos separados, puedes llamarme cuando quieras.

—Lo haré. No quiero que echemos de menos nuestras charlas.

—¡Vale ya de tanta tristeza! ¿Qué te parece si salimos a comer tú y yo?

—¿Y papá?

—Hoy saldrá tarde del hotel, y tus hermanas tienen cosas que hacer.

—Entonces, vamos. —Una tierna sonrisa se dibuja en el rostro de mi madre. Me doy cuenta de que ella es el pilar más importante de mi vida y de que voy a echarla mucho de menos cuando estemos lejos.

## Capítulo 4

Los días pasan rápido. Ya tengo los billetes y salgo de viaje en tan solo un par de días.

Mi madre sigue llorando por las esquinas, aunque trata de evitar que la vea. Cuando nos cruzamos o hablamos, intenta dibujar sonrisas en su rostro.

La noche antes de irme, mi madre organiza una cena con mis padres y con todas mis hermanas. Mi tía Ana también ha venido, aunque Estrella... Ella no ha aparecido.

La cena resulta muy agradable. Mis padres y mi tía acaban contando las batallitas que tantas veces hemos escuchado, pero que nos encantan.

Cuando terminamos con los postres, mi tía Ana se acerca a mí.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? No hemos tenido mucho tiempo para charlar.

—Hola. Lo sé. Mi madre me dijo que habías hablado con ella, pero no he tenido el valor suficiente para llamarte. Lo siento.

—No estoy aquí para reprocharte nada. Me hubiera gustado que me lo contaras, pero entiendo que no ha tenido que ser fácil para ti.

—Lo cierto es que no. Las cosas han sido más difíciles de lo que te imaginas.

—Me hubiera gustado haberme dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Y de qué hubiera servido? No te culpes de nada, tía. Las cosas han surgido así.

—Solo quiero que sepas que estoy segura de que Estrella no es indiferente a tus sentimientos. Sé que no debería decirte esto, pero es lo que he podido ver estos días. Mi hija está demasiado afectada, y no solo porque durante toda la vida has sido un pilar fundamental en su vida, o porque te ha considerado como parte de su familia. Lo que siente por ti nada tiene que ver con lo familiar o con la amistad.

Está confundida y también necesita poner en orden sus sentimientos. No esperaba la confesión que le hiciste. Creo que ni ella misma se había dado cuenta de los sentimientos que tenías hacia ella.

—¿Estás tratando de decirme algo?

—Solo que deberías hablar con ella.

—No creo que sea lo mejor. Si lo hago, me haría más daño, y puede que me replanteara el quedarme. Eso no puede suceder.

—Es algo que solo tú puedes decidir. Solo te doy un consejo: no quiero que te vayas triste por

mi culpa. Puedes contar conmigo siempre.

—Gracias, tía. Sé que no es una situación fácil y te agradezco tus palabras.

—No tienes que dárme las. Eres consciente del cariño que te tengo; eso nunca va a cambiar.

La charla con mi tía Ana me ha dejado desconcertado, pero tengo que admitir que ella siempre ha sido sincera conmigo. Ahora solo puedo pensar en Estrella y en sí será verdad que está confundida.

Eso aborda mi mente toda la noche. Cuando tengo oportunidad, salgo de casa y me dirijo al jardín para tomar algo de aire fresco.

Me tumbo en el césped y contemplo el cielo. Desde que tengo uso de razón, recuerdo sentarme aquí cuando sentía que me ahogaba. Era feliz solo con mirar las estrellas. Quizá mi destino ya estaba escrito por ese entonces.

Estoy perdido en el pasado cuando siento que alguien toca mi espalda. En un acto reflejo, me doy la vuelta y puedo verla. Por un momento, considero que es producto de mi imaginación, pero su mirada triste me hace dar cuenta de que es real, de que ella está frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendido.

—¿De verdad pensabas irte sin decirme ni una sola palabra? ¿No ibas a despedirte de mí? — Me quedo en silencio, mirándola fijamente a los ojos—. ¿No vas a responder? He venido a que me digas en la cara que te marchas por mi culpa.

—Estrella...

—¡No, Alessandro! ¡Eres un cobarde! Te vas porque no quieres oír todo lo que tengo que decirte. Prefieres alejarte de mí a hacer frente a la realidad. ¿Vas a tirar nuestra relación por la borda? Pensaba que era especial para ti. —Me acerco para acariciar su cara, pero ella se separa rápidamente—. ¡No se te ocurra tocarme!

—¿Por qué no eres capaz de entender las cosas?

—¿Y qué se supone que tengo que comprender? ¿Que la persona a la que más quiero va a dejarme tirada, sin tan siquiera despedirse de mí?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Sabes el dolor que me produce estar cerca de ti? ¿Eres capaz de entenderlo, aunque solo sea por un momento, Estrella?

—¿Por qué has permanecido en silencio por tanto tiempo?

—¿Y qué querías que hiciera? Era invisible para ti. ¿Cómo iba a decirte que estaba enamorado de ti si tú solo me veías como a alguien de tu familia?

—Si me lo hubieras dicho...

—¿Hubiera cambiado en algo? Dime, Estrella. —Ella no responde. Se siente cabizbaja y se toca el pelo con cierto nerviosismo—. Tú misma estás contestando a la pregunta.

—¡No tienes ningún derecho a decidir por mí! Tú no sabes nada de mis sentimientos. ¡Nunca me has preguntado! —Está llena de furia, y de sus ojos comienzan a deslizarse unas lágrimas. Las

limpia rápidamente con su brazo y me mira con odio—. ¡No tienes ni idea de lo que pasa a tu alrededor! Piensas que eres el único que ha sufrido en esta historia. Estás muy equivocado, Alessandro. Yo también he callado por no hacerte daño, por que nuestra relación no se estropeará. No tienes ni idea de todo lo que he sufrido por ti.

—¿De qué estás hablando, Estrella?

—Que yo también sentía cosas, que yo también esperaba que tú me miraras como algo más algún día. —Me quedo paralizado ante sus palabras. Trato de digerirlas, pero me resulta imposible.

—¿Por qué me dices eso ahora? ¿Quieres torturarme?

—¿Yo? Tú tampoco has sido sincero conmigo. Me has hecho creer que para ti solo era una amiga especial.

—Y si era así, ¿qué hacías saliendo con ese idiota?

—Solo trataba de olvidarte. Tú también estabas muy cerca de... —No dejo que termine.

—¿Acercarme a quién? ¿Te estás escuchando? Durante años he rechazado a cualquiera por ti. No soy capaz de estar con nadie porque no dejo de pensar en ti.

—Alessandro, ¿qué hemos estado haciendo durante tanto tiempo? —me pregunta apenada. Se aproxima lentamente a mí y me acaricia la cara. Yo cierro los ojos y respiro su aroma. No puedo creer que, después de tanto tiempo, ella me haya confesado que también tiene sentimientos por mí.

Nuestros cuerpos se acercan de manera pausada, y nuestras bocas se alinean entre sí. Nos miramos a los ojos. Acaricio su pelo y disminuyo un poco más la distancia entre nosotros. Cuando estoy a punto de besarla, ella se aleja de mí.

—No puedo, Alessandro. Siento tanta rabia por lo que ha ocurrido entre nosotros. No puedo creer que sientas algo por mí y que fueras a ser capaz de irte sin despedirme de mí. Perdóname pero, si de verdad fuera así, hubieras hablado conmigo. Ibas a marcharte para alejarte de mí. Sin hablar las cosas, huyendo como un cobarde, Alessandro. ¿De verdad me quieres? Cuando uno lo hace, lucha por ello.

—¿Y por qué no lo hiciste tú?

—Porque tenía miedo de perderte. Nunca hubiera imaginado que tú podrías verme como algo más que a una amiga o parte de tu familia.

—No puedes reprocharme nada cuando tú has hecho lo mismo.

—¿Lo mismo? ¿Soy yo la que está huyendo de ti? Eres tú quien ha decidido marcharse sin tan siquiera despedirse. ¿Sabes lo que he sentido estos días? —Su mirada está llena de tristeza. Me gustaría decirle que lo sé, porque a mí me ha pasado lo mismo que ella, pero estoy seguro de que no serviría de nada—. He notado una tristeza y dolor profundos en mi corazón, Alessandro. Siempre he soñado con que tú venías a decirme que estabas enamorado de mí. El otro día, cuando me confesaste tus sentimientos, sentí una felicidad inmensa, pero tan solo duró unos segundos. No me dejaste decirte nada. Si esa noche me hubieras dejado explicarte las cosas, quizás ahora...

—Estaríamos juntos... —añado con tristeza.



—¿Por qué quieres irte Ales? ¿Quieres olvidarte de mí?

—Porque me duele tenerte cerca y no poder tocarte; todo este amor me tiene desolado. No pienso en otra cosa que no seas tú. Necesito poner distancia entre nosotros. Yo nunca hubiera imaginado que tú sientes algo por mí.

—¿Eso cambiará tu decisión de irte? —Miro unos segundos sus ojos y agacho la cabeza. Si ella me lo pidiera en este momento, no me iría—. A veces no hacen falta las palabras. —Estrella se da la vuelta, dispuesta a marcharse, pero yo la atrapo con mi brazo.

—Estrella, espera.

—¿Que espere? ¿Para qué? ¡Lárgate, Alessandro! Vete lejos de aquí. Búscate una chica que sí merezca que te quedes a su lado y trata de no recordar las palabras que yo te he dicho esta noche. Olvídate de mí. Feliz viaje. —Trato de retenerla, pero resulta imposible. Se marcha, en medio de la noche, y me deja de nuevo sumergido en una profunda tristeza.

Lo último que esperaba era que me dijera que me quiere. ¿Cómo he podido estar tan ciego? ¿Por qué no me he dado cuenta de que ella siente lo mismo por mí? Nunca imaginé que así fuera.

Vuelvo a casa de nuevo, me despido de todos y subo a la habitación.

Solo quería que ella me dijera que me quedara, pero no lo hizo. Lo mejor para los dos es que me marche lejos; puede que la distancia consiga hacerme olvidar a mi Estrella.

## Capítulo 5

Hoy a la mañana, el ambiente ya no es relajado. En casa, todos tienen el semblante afligido. Mi madre trata de disimular su tristeza, pero su media sonrisa no me engaña. Mi padre está serio y no hace más que darle vueltas a la cuchara; podría asegurar que su café ya se ha quedado frío. Mis hermanas no están mucho mejor; a pesar de que ellas ya son mayores, sé lo importante que soy para ambas.

Me siento a tomar un café y solo puedo mirar la imagen. ¿De verdad este va a ser mi último recuerdo? Mi familia abatida y llena de tristeza.

—Entiendo que hoy no es un buen día, pero ¿podrías poner un poco de vuestra parte? Es el último día que vamos a desayunar juntos, y ni siquiera sois capaces de mirarme a la cara. No os pido que deis saltos de alegría, pero me gustaría llevarme un buen recuerdo de nuestros últimos momentos juntos. No me voy para siempre. Volveré y os llamaré todos los días —añado con disgusto.

—Alessandro tiene razón. Son sus últimas horas con nosotros, y no es justo que estemos así — comenta mi padre, a la vez que le dedica una mirada de complicidad a mi madre.

—Es cierto, cariño. Nos hemos dejado llevar por la tristeza y no hemos pensado en lo que puedes estar sintiendo tú. ¿Por qué no salimos todos a dar una vuelta antes de que te vayas? — trata de decir mi madre con entusiasmo.

—Solo me quedan tres horas para marcharme al aeropuerto, mamá.

—¡Todo el mundo a vestirse! —ordena mi madre. Damos un sorbo al café y hacemos caso. Por un momento, he sentido como si estuviera viviendo de nuevo en mi infancia.

En menos de media hora estamos todos listos. Mi madre todavía no nos ha dicho a dónde vamos; lo único que sabemos es que lo hacemos andando.

Por el camino, mis hermanas van delante charlando con mamá, y mi padre y yo vamos un poco más atrás.

—Papá, quiero darte las gracias —digo.

—¿Por qué?

—Por guardar el secreto de mi destino y por ayudarme a encontrar trabajo allí.

—No tienes nada que agradecerme; lo he hecho con mucho gusto. Eres mi hijo, y solo quiero tu

felicidad. Si tu madre se entera de que yo sabía a dónde te marchabas, me cortará las pelotas.

—Soy consciente de ello, papá. Gracias. No es que no quiera que mamá se entere, pero los dos sabemos que, si eso sucede, la tía Ana también lo hará.

—No te preocupes; siempre estaré a tu lado para apoyarte. No dudes en llamarme cuando lo necesites.

—Lo haré. ¿Puedo preguntarte algo?

—¡Claro!

—¿Crees que hago bien marchándome? —me atrevo a decir.

—Yo no soy nadie para valorar eso, hijo. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. Tú ya no eres un niño, tomas tus propias decisiones y tienes el derecho a equivocarte. Todos lo hemos hecho. ¿Por qué lo dices?

—Anoche ocurrió algo: Estrella me confesó lo que no esperaba.

—¿Que está enamorada de ti? —pregunta mi padre como si supiera la respuesta.

—¿Tú...?

—Si me preguntas si lo sabía, la respuesta es afirmativa. No estaba cien por cien seguro, pero sus miradas y la forma en la que te trata me daban a entender que había mucho más que cariño por su parte.

—¿Soy el único que no ha notado nada? Mamá me lo ha dicho en varias ocasiones, y no he querido verlo.

—Creo que lo que se convirtió en un juego de niños ha ido mucho más lejos. El amor no es fácil, y te lo digo yo, que pasé por una situación complicada con tu madre.

—Pero los dos os queráis. Lo nuestro es diferente. Ella me reprocha que quiera irme y que no le haya contado antes lo que siento.

—A veces quererse no es suficiente y se necesita algo más. Creo que la distancia te va a venir bien. A los dos. Va a ser una buena manera para que ambos aclaréis vuestros sentimientos. Pero solo tú tienes la última palabra, siempre puedes quedarte.

—Quiero quedarme, pero tengo la sensación de que, si lo hago, no estaré haciendo lo correcto. ¿Qué me está pasando?

—Estás confundido, no esperabas una confesión por su parte, y mucho menos cuando tenías tan claro que querías marcharte. Solo tú sabes lo que es mejor para ti; nadie puede decirte qué hacer. No tengas miedo de equivocarte.

—Gracias. Tengo mucha suerte de tenerte. —Mi padre alborota mi pelo, como hacía cuando era niño, y provoca una sonrisa en mí.

—Solo te pido algo —me dice con misterio.

—¿El qué?

—No tardes mucho en venir. De lo contrario, tu madre acabará conmigo. —Ambos nos reímos. Conocemos demasiado bien a mamá; estar alejada de mí nunca ha entrado en sus planes.

La charla con mi padre me ha venido bien; son esas conversaciones que todos necesitamos de

vez en cuando.

Cuando me doy cuenta, estamos parados enfrente del templo de Debod. Mi madre no podría haber elegido mejor. Nos miramos y los dos sonreímos. Se acerca a mí y me abraza.

—¿He elegido bien el sitio? —pregunta envuelta en felicidad.

—Yo diría que lo has hecho muy bien. Creo que todos guardamos buenos recuerdos de este lugar.

—Quería que te sientas feliz de nuevo. Sé que este es tu sitio preferido. No quiero que te vayas con la sensación de que nos estamos despidiendo. Yo sé que pronto volverás.

—¿Y si decidiera quedarme, mamá?

—Entonces, me iría contigo. Voy a decirte algo, cariño. Tú, mejor que nadie, conoce nuestra historia de amor, pero hay detalles que siempre me he guardado para mí.

»Yo estaba muy enamorada de tu padre, de Álvaro, pero las cosas entre nosotros se acabaron de manera repentina. Sentí un gran dolor. Él y yo teníamos una vida aparentemente feliz, o eso pensaba yo.

»Quiero decirte que, cuando conocí a tu padre Marcos, yo no estaba dispuesta a enamorarme de nuevo. Creía que nunca olvidaría a tu Álvaro, pero no fue así. El amor apareció cuando menos lo esperaba. Pasamos por muchas dificultades, pero estamos juntos. Solo quiero que entiendas que, a veces, pensamos que el amor nunca volverá a nuestra vida, y aparece cuando menos te lo esperas. Sé que estás muy enamorado de Estrella, pero quizás aparezca otra persona en tu vida que te haga olvidar todo lo que ha pasado hasta ahora.

»Espero que la distancia haga que tus heridas se curen, cariño. Pero, a veces, marcharse no soluciona el problema.

—No te lo he contado, pero anoche hablé con ella y me confesó que está enamorada de mí.

—¡¡Lo sabía!! Mi intuición no podía fallar. ¿Y por qué te marchas? ¿No es eso lo que has querido siempre?, ¿ser correspondido?

—Sí, pero está defraudada conmigo. No entiende el motivo de mi partida ni tampoco que no le haya contado antes lo que siento. Me dijo que me fuera y que me olvidara de ella, mamá. —Mi voz se rompe al recordar la escena.

—¿Por qué no te habló de sus sentimientos antes?

—No lo sé, mamá. Parece que lo nuestro está destinado al fracaso. He soñado muchos años con la posibilidad de que ella me quisiera y ahora, que lo sé, no tengo muy claro cómo me siento.

—Es normal; has estado mucho tiempo esperando algo así. No sé qué puedo decirte, hijo. Me encantaría que te sintieras mejor por su confesión, pero supongo que, después de que te dijo que te marcharas y la olvidaras, no es nada fácil.

—Creo que me vendrá bien cambiar de aires, aquí siento que me ahogo.

—Sabes que, desde que me dijiste que te marchabas, me he opuesto a ello, pero siendo sincera, en este momento, creo que lo mejor es que te vayas. Necesitas irte para poner en orden tu vida. Nosotros seguiremos estando aquí cuando vuelvas, cariño. Y si me necesitas, no dudes ni un

instante en llamarme.

—Lo haré, mamá. Gracias por apoyarme. Sé que no te gusta la idea de que nos separemos, pero aun así me apoyas.

—Soy tu madre y, también, entiendo que tienes que tomar tus propias decisiones y equivocarte. Todos lo hemos hecho; tú no vas a ser menos. Te echaremos de menos, cariño. Espero que vuelvas pronto.

—No dejaré que me echéis de menos. Te llamaré a todas horas, te lo prometo.

—Espero que cumplas tus promesas. De lo contrario, recorreré el mundo para encontrarte. — Me aferro a sus brazos y cojo aire. Este es el mejor lugar del mundo. Echaré mucho de menos esto.

Paseamos, charlamos, nos reímos, y me olvido de todo. Añoraba estos momentos con mi familia. ¿Por qué dejamos de hacer esto? Me alegro de que mi madre haya decidido hacer este plan. Lo necesitaba para recargar energía.

*Horas más tarde...*

—¿Lo llevas todo? —pregunta mi madre conteniendo las lágrimas.

—Sí, mamá. No vayas a llorar, por favor. Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé. Lo siento, no puedo evitarlo. No puedo hacerme a la idea. —Me acerco a ella y la abrazo con fuerza.

—Te quiero, mamá.

—Yo también, cariño.

Me despido de mis hermanas y de mi padre, Álvaro. Les he pedido que no me acompañen al aeropuerto; si lo hacen, será mucho peor. Mi padre Marcos lo hará. Él está al corriente de mi destino, y sé que —de todos— es el más fuerte.

No creo que pueda soportar, de nuevo, ver a mi madre o a mis hermanas llorar allí. Nunca me han gustado las despedidas.

Me monto rápido en el coche y, cuando estoy lo suficientemente lejos, rompo a llorar como si fuera un niño. Supongo que, en el fondo, lo sigo siendo. Siempre he estado muy unido a mi familia; separarme de ellos no es fácil.

Última despedida, último abrazo, y a volar... ¿Volveré? Espero que sí.

## Capítulo 6

Hace algo más de una semana que llegué a Florencia. Mi padre me ha conseguido un apartamento cerca del trabajo. Echo de menos a mi familia, pero tengo que decir que esta ciudad ha conseguido enamorarme.

Hablo a diario con mis padres. Mi madre me pide que le mande fotos todos los días y trata de averiguar dónde estoy, pero por el momento sigo manteniéndolo en secreto. Sé que me fui de casa con la idea de olvidarme de Estrella, pero no he podido evitar preguntar por ella. Aunque mi madre no ha querido profundizar en el tema, me ha dicho que la ha visto un poco triste. Ella también lo ha hecho en varias ocasiones. Me pregunto qué estamos haciendo. ¿Por qué somos tan idiotas si los dos sentimos cosas?

Dos semanas después, tengo una reunión de trabajo en Roma. Parece que una empresa muy importante está buscando un arquitecto, y le han dado referencias mías. Se lo comento a mi padre, ya que él fue quien me ha conseguido el trabajo y no me gustaría que tenga problemas por mi culpa. Pero él me dice que tengo que aprovechar la oportunidad.

—Buenos días, Alessandro, soy Emiliano. Te estábamos esperando —me dice un hombre de mediana edad. Va vestido con un traje oscuro y una corbata de color azul. Me sorprende por su perfecto español.

—Buenos días. Encantado de conocerlo. —Le tiendo la mano.

—¿Qué te ocurre, muchacho? Pareces sorprendido.

—Lo cierto es que sí. No esperaba que hable español. —El hombre suelta una carcajada y me mira con una tierna sonrisa.

—Con los tiempos que corren, hay que dominar todos los idiomas. De todas formas, mi hija pasa mucho tiempo en España, y se puede decir que hablamos más en español que en italiano.

—Eso es genial. Si quiere hablar en italiano, por mí no hay problema.

—¿Eres italiano? Tu apellido me resulta familiar.

—Yo no, pero mi padre sí. Marcos Dotelli. Tiene varios hoteles en Italia.

—¡Claro! Por eso me sonaba tanto tu apellido. He visto a tu padre en alguna ocasión, aunque de eso hace ya muchos años. Tengo entendido que ahora vive en España y que apenas viaja.

—Eso es cierto. Desde que se casó con mi madre, prácticamente no sale de viaje. Él se ocupa de todo lo que tiene en España. De vez en cuando, viajamos todos juntos, cuando tiene algún tema

de trabajo por aquí.

—Eso es fantástico. Supongo que el amor tiene ese poder. Cuando nos enamoramos, no somos de ningún lugar, simplemente seguimos a nuestro corazón. —Su comentario me entristece; sus palabras hacen que piense en Estrella.

—Bueno, Alessandro, te llamé porque me han dado muy buenas referencias sobre ti. Tenemos un gran proyecto aquí, en Roma, y me gustaría poder contar contigo. ¿Has venido para quedarte, o solo es temporal?

—Digamos que no tengo fecha para marcharme. De momento, mi intención es quedarme.

—¡Estupendo! El proyecto nos llevará muchos meses, pero creo que ambos quedaremos muy satisfechos. Más tarde te comentaré todos los detalles. ¿Vives en Roma?

—No. Me he trasladado hasta aquí, pero actualmente resido en Florencia.

—¿Sería un problema verte a Roma?

—Por supuesto que no. Solo necesitaría un par de días para organizarlo todo.

—¡Fenomenal! Me gustaría mucho contar contigo en este proyecto. —El hombre mira el reloj con gesto de preocupación.

—¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntar.

—Lo cierto es que sí. Me gustaría contarte todos los detalles, pero para eso tiene que llegar mi hija. Ya tendría que estar aquí. Espero que nos perdones.

—No se preocupe. No tengo prisa.

—¡Vaya! Por ahí viene, por fin. —Me giro despacio y puedo ver a una chica corriendo a toda prisa hacia nosotros. No logro verle la cara, ya que su pelo castaño me lo impide.

Cuando está a un solo paso de nosotros, su tacón falla, y pierde el equilibrio. Me adelanto para cogerla con mis brazos, y cae encima de mi pecho. Levanta su cara y fija sus ojos en los míos; estos tienen un tono acaramelado. Sus mejillas están sonrojadas y sus labios, pintados perfectamente de color rojo. Ella sigue mirándome. Nuestros cuerpos están tan cerca que puedo sentir su respiración. No he despegado mis manos de su cuerpo y, en este instante, es como si el tiempo se hubiera detenido y lo único importante fueran nuestras miradas. Su padre me saca de mis pensamientos.

—¡Hija, por favor! ¿No puedes tener más cuidado? ¿Qué va a pensar Alessandro de ti?

*Que es una chica preciosa; eso sin duda.*

Se aparta con urgencia de mí, se coloca el zapato y me tiende la mano.

—Hola, Alessandro. Soy Valeria, encantada de conocerte. Discúlpame por caerme encima de ti. Las prisas no son buenas para nada. Lo cierto es que, cuando venía en el taxi, pensaba en que los zapatos me iban a dar problemas, no es la primera vez que me pasa. Supongo que tendré que ir a comprar otros. Debería haberlo hecho ya, pero la verdad es que no tengo demasiado tiempo. Entre el trabajo, cuidar de...

—¡Valeria, por favor! —grita su padre enfadado.

—Lo siento, hablo demasiado. —Me dedica una tierna sonrisa y yo se la devuelvo. Nunca he



conocido a alguien tan... peculiar.

—No se preocupe. No me molesta en absoluto.

—¿Nos podemos sentar y tratar el tema? Ya hemos perdido demasiado con tu retraso, querida —añade el hombre a modo de protesta.

—Por supuesto —dice ella.

Nos sentamos en una mesa. Ella abre la carpeta y comienza a explicarnos todo el proyecto punto por punto. Se nota que es una chica muy inteligente; trae todo muy bien atado. Me mira a los ojos cada vez que habla, y eso me gusta. Podría perderme durante días en esos ojos acaramelados. «Alessandro, ¿qué estás diciendo? ¡Estás trabajando! Ese es el único motivo por el que estás aquí», me digo a mí mismo.

El proyecto me parece fascinante, y es cierto lo que me comentó; tardaremos meses en llevarlo a cabo, pero estoy seguro de que merecerá la pena.

Valeria termina de hablar, y ambos me miran esperando una respuesta por mi parte.

—¿Qué te parece Alessandro? —pregunta ella.

—Creo que es..., simplemente, estupendo. Nos llevará muchos meses, pero estoy seguro de que será todo un éxito.

—¿Eso significa que estás con nosotros? —pregunta Emiliano.

—¡Claro que sí! —digo con entusiasmo.

—¡Eso es genial! Habrá que celebrarlo, ¿no? —dice Valeria.

—Por supuesto —añado.

—¿Organizamos una cena para hoy?

—¿Hoy? No creo que sea posible. Salgo a Florencia en dos horas.

—¿Florencia?

—Sí, vivo allí.

—¿De verdad? Me encantaría ir de nuevo. —No pienso mucho lo que voy a decir, pero lo hago.

—Podrías venir vosotros a cenar.

—¿De verdad? ¡Me encantaría!

—Yo agradezco tu invitación, pero prefiero quedarme aquí. Tú ve, Valeria. Sé lo mucho que te gusta Florencia. Puedes enseñarle muchas cosas a Alessandro —nos dice Emiliano.

—Pero, papá, si tú no vas... yo tampoco.

—¿Por qué no? Ya conoces a Alessandro. Yo estoy muy viejo para esas cosas ya. Vosotros sois jóvenes y podéis divertirlos.

—Puedes venir si quieres. Por mí no hay problema —le digo con una sonrisa. Ella se sonroja.

—Está bien. —Coge un trozo de papel de la mesa, saca un boli de su bolso, le quita la tapa, y apunta un teléfono—. Este es mi teléfono. Puedes llamarme si en algún momento te arrepientes de la cena.

—Gracias. No lo haré.

—Tenemos que irnos, Valeria, todavía tenemos cosas pendientes. Alessandro, ha sido un placer

conocerle. Espero que lleguemos muy lejos con nuestros negocios.

—El placer ha sido mío. Nos veremos pronto.

—Te llamaré esta semana para que firmemos el contrato y para que nos pongamos rápidamente a trabajar.

—Estamos en contacto. —Me tiende la mano.

—Ha sido un placer conocerle, Alessandro —me dice Valeria con una voz suave y dulce. Vuelvo a quedarme embozado, de nuevo, mirando sus ojos.

—Lo mismo digo. Nos vemos esta noche para que me enseñes los rincones de Florencia. —Ella vuelve a sonreír.

—Soy una guía estupenda.

—No lo dudo. Nos vemos esta noche.

—Hasta esta noche —dice con felicidad.

«¿Qué ha sido eso? ¿He estado ligando con ella? ¿Por qué no he parado de mirarla? Yo no soy así, y menos con una persona a la que acabo de conocer. Tengo que centrarme», me digo.

Cuando acabo la reunión, informo a mi padre de lo que ha sucedido, y me dice que él se encargará de buscarme algo en Roma. Se lo oye contento por el teléfono; sé que está muy orgulloso de mí. Él entiende el esfuerzo que tuve que hacer por hacer esta carrera; pero, además, sé que le alegra especialmente que tenga proyectos en la tierra que lo vio nacer.

Por mi parte, estoy feliz con la decisión que he tomado, creo que es un gran proyecto. Deseo que todo salga como esperamos. Cuando estoy pensando en eso, en mi mente vuelve a aparecer la imagen de esa muchacha tropezando conmigo. Es imposible no reírme al recordarlo. Es tan diferente a todo lo que he conocido... Podría decir que su torpeza hasta resulta sexi.

## Capítulo 7

Después de mandarle un mensaje a Valeria con el sitio y la hora de nuestra cena, me dispongo a arreglarme. Podría decir que estoy impaciente por volver a verla. Esta mañana he disfrutado mucho de su compañía y tengo curiosidad por saber más de esta chica tan peculiar.

La he citado a las nueve, en un restaurante cerca de mi apartamento; yo llego quince minutos antes. Mientras espero, me tomo una copa de vino. No llevo demasiados días aquí, pero son suficientes para darme cuenta de que he conseguido la tranquilidad que tanto anhelaba en Madrid. No me he olvidado de Estrella, la tengo presente cada día, aunque desde aquí puedo ver las cosas con otra perspectiva, quizá justo la que necesitaba.

Cuando estoy sumergido en mis pensamientos, veo llegar a Valeria. Lleva un vestido azul hasta la rodilla que se ajusta perfectamente a sus caderas. Lleva un tacón alto, y su pelo castaño está recogido en un moño alto. No se ha acercado demasiado, pero puedo comprobar que está preciosa. Una sonrisa ilumina su cara, y sus ojos color caramelo vuelven a cautivar-me una vez más.

—Hola, espero no haber llegado demasiado tarde —me dice sonriéndome.

—No te preocupes. Hace solo un rato que he llegado. ¿Te ha costado encontrar el sitio?

—No, en absoluto. Ya lo conocía. ¿Nos sentamos?

—¡Claro! ¿Qué te apetece tomar?

—Una copa de vino estará bien. —No ha parado de mirarme, pero parece nerviosa.

—¿Has venido mucho por aquí? —pregunto interesado.

—Sí, puede que no todo lo que quisiera. Por mi trabajo, paso demasiado tiempo viajando.

—Eso también es una ventaja, ¿no?

—Según se mire. A veces, también me gustaría tener un lugar fijo al que llamar hogar. Pero supongo que, para eso, queda mucho tiempo. ¿Y tú?, ¿qué se te ha perdido en Florencia? —Por un momento pienso la respuesta. Me encantaría decirle la verdad, pero no tengo la confianza suficiente para hacerlo.

—Cambiar de aires. Necesitaba empezar de cero en otro sitio.

—¿Y cómo ha ido ese comienzo?

—Mejor de lo que esperaba. No pensé que, en tan poco tiempo, iba a conseguir un proyecto tan importante.

—Creo que es lo mejor que hemos hecho hasta ahora. Ojalá podamos seguir contando contigo para futuras ocasiones.

—Yo también. Tu padre es un hombre con estilo para los negocios.

—Lleva muchos años en esto. Tengo la suerte de haber aprendido mucho de él. Espero algún día poder quedarme con las riendas de la empresa.

—Eres una digna sucesora. Me dejaste sin palabras con tu presentación. —Puedo ver cómo sus mejillas se sonrojan.

—Gracias. Dudo que consiga ser como él; pero espero, por lo menos, que la empresa no vaya a pique.

—Eso no va a suceder. Estoy seguro.

—Cuéntame algo de ti. ¿Trabajabas en Madrid?

—Sí, tenía un puesto estable como arquitecto, pero necesitaba salir de ahí. Madrid me ahogaba demasiado.

—En tus ojos puedo ver que no me estás diciendo toda la verdad. Creo que tu partida no ha sido solo por cambiar de aires. Es más: diría que tiene nombre de persona. ¿Me equivoco? —Es una chica muy lista.

—Tienes toda la razón. Mi marcha tiene nombre de mujer, pero no quiero hablar de eso ahora. —Valeria parece apenada con mi respuesta.

—Lo siento, no pretendía incomodarte. Discúlpame.

—No te preocupes. Es solo que no quiero tocar ciertos temas por el momento. Vine aquí para tratar de olvidar.

—Lo entiendo. ¿Has pensado ya dónde te instalarás en Roma? Tengo varios contactos que pueden buscarte algo si quieres.

—Te lo agradezco. Mi padre es italiano y me ayudará con eso. Me gustaría algo que esté cerca de vuestra empresa para no tener que desplazarme demasiado; aunque, la mayor parte del tiempo, trabajaré desde casa.

—¿Tu padre vive aquí? —pregunta con curiosidad.

—No, lleva muchos años viviendo en Madrid. Allí conoció a mi madre.

—¿Se quedó allí por amor?

—No exactamente. Mi padre ya vivía allí, pero creo que mi madre fue la pieza clave para no volver a cambiar de residencia.

—¡Eso es muy bonito! ¡Me encantan las historias de amor!

—La de mis padres es muy especial. Creo que te gustaría.

—¿Sería mucho pedir que me la contaras? —añade con timidez.

—¡Por supuesto que no!

Mientras que nos sirven la cena, le cuento cómo surgió el amor entre mis padres. También le comento acerca de la familia tan peculiar que tengo y de lo maravilloso de tener dos padres. Me escucha con atención y no pierde detalle de lo que le cuento; parece emocionada con mi historia.

Cuando termino, ella me cuenta sobre su vida. Nació en Milán pero, desde los diez años, ha vivido en Roma. Su madre falleció cuando ella tenía catorce. Me habla de su ausencia, de todo lo que ha hecho su padre por ella, de cuando comenzó a trabajar con él, de sus viajes...

Nuestra conversación se alarga varias horas. Dos botellas de vino nos acompañan. Tengo la sensación de conocerla de siempre. Nunca le hubiera contado tantas cosas sobre mi vida a alguien que solo conozco de unas horas.

El restaurante está a punto de cerrar y nos traen la cuenta.

—Parece que nos hemos pasado con la hora. —Sonríe.

—Lo cierto es que las horas contigo se me han pasado volando. Hacía mucho tiempo que no tenía una conversación así con nadie.

—Espero no haberte aburrido. Mi padre dice que, a veces, hablo demasiado. Creo que tiene razón.

—No me he sentido aburrido en absoluto. Me ha encantado saber más cosas de ti. —Sus mejillas vuelven a sonrojarse.

—A mí también.

—¿Nos vamos?

—¡Claro! —Coge su bolso y salimos del restaurante.

—¿Te hospedas aquí?

—Sí, he cogido un hotel. Estaré aquí hasta mañana por la tarde.

—Quizá podríamos quedar para desayunar. Si te apetece, claro.

—¡Me encantaría!

—¿Puedo acompañarte al hotel?

—Sí, me gustaría mucho. —Me sonrío de nuevo, y yo hago lo mismo. Me siento bien cuando estoy con Valeria; es alguien especial.

De camino a su hotel, seguimos charlando. Cuando llegamos a la puerta, Valeria se despide de mí.

—Gracias por venir hasta aquí, Alessandro. Bueno, por eso, por la cena y por tu compañía. Me ha encantado conocerte. —Sus ojos vuelven a clavarse en los míos, y sé que es sincera en lo que dice.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias. Me ha gustado mucho hablar contigo y conocerte. Espero que esta no sea nuestra última cena.

—Estoy segura de que no. Eres una persona estupenda, Alessandro. No hace falta conocerte mucho para darse cuenta de eso. —Nuestras miradas se cruzan de nuevo y, durante unos minutos, no existe nada más que nosotros. Una electricidad nos une, y me parece increíble que algo así suceda cuando apenas nos conocemos—. Será mejor que me vaya ya. ¿Me llamarás para desayunar?

—Por supuesto que sí. Te mandaré un mensaje.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Valeria.

Se despide de mí, y cada uno sigue su camino. Ha sido una gran noche; en realidad, ha sido un gran día. Nunca pensé que mi estancia aquí iba a ser así. Es más: creí que volvería en unos días por no aguantar la distancia. Pero estaba equivocado. Echo de menos muchas cosas, aunque estoy muy bien aquí. Puede que todo vuelva a comenzar.

Esa noche me cuesta coger el sueño. No puedo dejar de pensar en esa chica, en sus ojos, en su sonrisa, en sus ocurrencias... Nunca he conocido a nadie así. Me encanta su dulzura al hablar, escuchar su risa.... Pero ¿qué tonterías estoy diciendo? Hace solo unas horas que la he visto y ya estoy hablando tonterías. Yo no he venido para estar con nadie. El amor, en este momento, no es para mí. Tampoco quiero tener nada que ver con ninguna chica por muy guapa y especial que sea ella.

A la mañana siguiente, me levanto pronto y salgo a correr. Mi mente ha estado inmersa en varios pensamientos y necesito desconectar. Cuando vuelvo a mi apartamento, tomo una ducha y le pongo un mensaje a Valeria.

Alessandro:

Buenos días. Ya estoy listo para ese desayuno. ¿Te parece que quedemos en Caffè Rosanò?

Valeria:

¡Qué madrugador! Me parece perfecto el sitio. ¿Nos vemos allí en media hora?

Alessandro:

Me gusta madrugar. En media hora nos vemos allí.

Me pongo un vaquero, una camiseta de manga corta y una chaqueta. Por las mañanas, por aquí, todavía hace fresco.

Media hora más tarde estoy dentro de la cafetería esperando, de nuevo, a Valeria. La veo aparecer y quedo hipnotizado por su sonrisa.

Lleva puesto unos vaqueros, una chaqueta de Mickey y unas zapatillas en color rosa. Hoy su pelo está suelto, todavía parece mojado. No se parece en nada a cómo iba vestida ayer, pero igualmente está preciosa.

—Buenos días. Espero no haberte hecho esperar demasiado —comenta regalándome una sonrisa.

—Buenos días. No te preocupes. Siempre llego antes; es una manía que tengo. ¿Qué te apetece tomar?

—Un café largo. Doble de azúcar, por favor. —Me acerco a la barra a pedirlo y vuelvo a la

mesa.

—¿Qué tal has pasado la noche por Florencia? —pregunto.

—Bien. He dormido estupendamente. Hacía tiempo que no dormía tantas horas seguidas. El trabajo me tiene un poco agotada. ¿Y tú?, ¿te gusta la ciudad?

—Sí. No he tenido mucho tiempo de ver cosas y me temo que no podré hacerlo. La próxima semana quiero trasladarme a Roma. Necesitamos comenzar a trabajar cuanto antes.

—No tengo mucho tiempo, pero si quieres, hasta por la tarde, puedo enseñarte los lugares más especiales de esta ciudad. ¿Qué me dices?

—No quiero ser un pesado.

—A mí no me lo pareces. Si no quisiera enseñarte la ciudad, no me ofrecería. —Sé que lo dice sinceramente.

—Creo que vas a terminar muy cansada de mí. Van a ser demasiados meses juntos.

—¿Cansada? En absoluto. Ya te dije que hace mucho tiempo que no hablaba con alguien así. Estoy seguro de que seremos grandes amigos.

—Yo también.

Durante toda la mañana, Valeria me enseña la ciudad. El primer sitio que visitamos es la Catedral de Santa María del Fiore. Entramos dentro, para ver las escenas pintadas del juicio final, y también subimos a la cúpula para, desde allí, divisar la ciudad de Florencia por completo.

Comemos algo, y después me lleva a un sitio que es muy especial para ella. No nos da tiempo a ir a más lugares, así que, como broche final, elige el Jardín de Boboli, situado detrás del Palacio Pitti. Un lugar precioso para pasear y relajarse.

Es un jardín renacentista donde se pueden encontrar desde un anfiteatro hasta grutas, fuentes y esculturas. Un lugar simplemente maravilloso.

Estamos sentados, y Valeria no deja de mirarme.

—¿Ocurre algo? —pregunto con interés.

—Solo tengo curiosidad por saber algo, pero... quizá no deba preguntar.

—Puedes hacerlo sin miedo.

—¿Cómo un chico como tú puede huir del amor?

—¿Un chico como yo? ¿Qué tengo de especial?

—¡Vamos, Alessandro! Eres un hombre muy guapo y atractivo. No creo que tengas problemas con las mujeres.

—Lo cierto es que no. Solo lo tengo con una. Llevo muchos años así.

—Perdón. No quería incomodarte de nuevo.

—No suelo contarle nada de esto a nadie, Valeria, pero contigo todo es diferente. Parece que te conozco desde hace muchos años. Voy a contarte mi historia; quizás, así comprendas el motivo por el cual estoy aquí.



»Mi madre siempre ha tenido una amiga del alma; ella se llama Ana. Desde que tengo uso de razón, la recuerdo a mi lado. Me he criado tratándola como a una tía, y ella a mí como un sobrino. Nuestra relación siempre ha sido especial. Ella tuvo una hija: Estrella. Esa niña a la que he cuidado y querido. Lo he hecho en silencio durante muchos años por miedo a perderla. Ella me ha visto como a alguien de su familia, y yo he tenido miedo de no encajar bien los sentimientos que tengo hacia ella.

»He conocido a otras chicas, pero nada ha conseguido salir adelante. No he sido capaz de empezar una relación porque ella siempre ha estado en mi mente y en mi corazón.

El día de su último cumpleaños, me atreví a confesarle mis sentimientos. No le di tiempo a que me dijera nada. Creo que, en el fondo, no estaba preparado para escuchar una negativa por su parte. Ella había comenzado una relación con un cretino que yo le había presentado, y eso me partió en dos.

»Días más tarde, decidí que tenía que marcharme. Me estaba quemando por dentro, había dejado de ser yo. Ya no recordaba la última vez que había sonreído.

»Un día antes de venirme, ella apareció en mi casa y me confesó que ella también siente cosas por mí. Me reprochó el que yo no le haya dicho nada en todo este tiempo y que, además, estuviera huyendo para alejarme de ella. Me dijo que me marchara y que me olvidara de ella.

»Esas fueron las últimas palabras que ambos nos dedicamos. Fue demasiado para mí. Por un momento pensé en quedarme, pero ahora sé que hubiera sido un error.

»Los dos hemos estado muchos años ocultando lo que sentimos, sufriendo en silencio, y nos merecemos ser felices aunque sea alejados.

»Vine para olvidar, para recomponer los trozos de mi vida, para empezar de cero. Nadie lo entendió, pero tenía que hacerlo.

»Y aquí estoy, contándole mi vida a una chica a la que solo conozco desde hace un par de días. Sentado en un lugar precioso y recordando eso que tanto daño me ha hecho durante tanto tiempo.

»No sé si conseguiré olvidarla, pero tengo que hacer lo que sea por conseguirlo.

Valeria, que tiene los ojos pegados a los míos, no ha dicho ni una palabra.

—¿No dices nada?

—Acabas de dejarme sin palabras. No esperaba una historia como esta, pensaba que habías roto con tu novia, o algo así, pero no esto.

—Esta es mi historia.

—Has tenido que sufrir mucho, Alessandro. Lo lamento de verdad. ¿Puedo decirte algo sin ofenderte?

—¡Claro que sí!

—Creo que has tomado la decisión correcta.

—¿De verdad?

—Sí. Este tipo de amores acaban destrozando nuestro corazón por completo y, luego, cuesta mucho volver a recomponerlo.

—Parece que sabes de lo que hablas.

—Sí. Todos hemos sufrido por un amor difícil alguna vez. Pero ¡no nos pongamos tristes! Estamos en un lugar precioso, tenemos un proyecto espectacular, y además... me ofrezco como tu guía cuando llegues a Roma. —Su comentario me hace sonreír.

—Gracias, Valeria. Nunca le he contado mi historia a nadie, y no sé por qué motivo contigo siento que tengo que hacerlo. Me gusta que me escuches.

—A mí me gusta escucharte. Puede que parezca una locura, pero te has convertido en alguien especial para mí. Sé distinguir a las personas tan increíbles como tú.

—Opino exactamente lo mismo. Creo que estar a tu lado hará que mis días aquí sean mucho mejores.

—Me alegra saber eso. Alessandro, estoy muy a gusto contigo, pero en media hora sale mi tren para Roma. Me hubiera encantado quedarme más tiempo, pero tengo que volver al trabajo.

—No quiero entretenerte más. ¿Puedo acompañarte al tren?

—¡Por supuesto!

En el camino seguimos riéndonos, charlando, y yo —después de muchos meses— me siento aliviado. He conseguido sacar todo lo que llevo dentro aunque haya sido con una desconocida. Valeria es especial; pienso cuidar de ella.

Cuando nos despedimos, quedamos en hablar cuando llegue a Roma. Lo hace con una sonrisa, esa que tanto la caracteriza.

Me gusta estar con ella. Me hubiera gustado aprovechar más el tiempo. Valeria se ha convertido en mi mejor compañía.

## Capítulo 8

Después de que mi padre haya movido un par de contactos, he conseguido una casa en Roma. Es demasiado grande para mí; pero, por el momento, es lo que hay. Está a tan solo dos minutos del trabajo; si surgiera cualquier problema, podría presentarme allí sin problemas.

He estado tan ocupado estos días con la mudanza y preparando el proyecto que no he tenido tiempo de pensar en nada más. Bueno, no es cierto; Valeria ha ocupado mi mente. Esa chica alocada ha conseguido meterse en mi cabeza. No hemos vuelto a vernos, pero sí que hemos estado en contacto.

No es posible que yo, después de todo, tenga a otra mujer en mi cabeza que no sea Estrella. Me olvido de ello, ahora solo tengo que pensar en una cosa: el proyecto.

Los días en Roma pasan demasiado deprisa. Hace tres semanas que empezamos con el proyecto, y no tengo tiempo de nada. Están siendo unas semanas muy duras, pero me encanta mi trabajo.

Mi madre está preocupada porque, cada vez que me llama, tengo que colgar rápido para seguir trabajando y, cuando llego a casa, lo que menos me apetece es hablar por teléfono. Me tiro en el sofá y, a veces, me quedo dormido hasta el día siguiente. Mi padre me ha dicho que hable con ella; piensa que me ocurre algo y lleva días muy triste.

Un viernes, cuando salgo de trabajar, decido llamarla. No quiero que se angustie sin motivo.

—¡Por fin, cariño! Me tienes muy preocupada. —Escucho la voz de mi madre detrás del teléfono.

—Mamá, te llamo para que estés tranquila. Estoy bien, solo estoy saturado con el trabajo. Paso muchas horas en la oficina y, cuando llego a casa, lo único que me apetece es dormir.

—¿De verdad estás bien? —pregunta con preocupación.

—Sí, mamá. De hecho, estoy muy bien. Estoy desconectado de todo, y eso es bueno.

—Si por lo menos me dijeras dónde estás... Pero tanto secretismo por tu parte me tiene angustiada, Alessandro. ¿No confías en mí?

—¿De verdad es tan importante dónde estoy?

—Para mí sí. Eres mi hijo.

—Está bien, mamá, te lo diré. Estoy en Roma. Mi primera parada fue Florencia, pero después he encontrado un trabajo mejor y, en este momento, estoy instalado en Roma. Tengo entre manos un

proyecto muy importante y por eso apenas puedo hablar con vosotros.

—¿En Roma? Tu padre sabía de todo esto, ¿verdad?

—¡Mamá! Me has pedido que te lo cuente.

—¡Dios mío! ¿Y qué se te ha perdido a ti por allí?

—Trabajo, mamá. Pero, además, estoy muy contento aquí, me gusta esta ciudad.

—¡No quiero que te quedes allí para siempre, Alessandro!

—De momento, me quedan muchos meses de trabajo por aquí. Prometo que iré a verte, mamá.

También podéis venir vosotros a visitarme. Estoy bien, mamá.

—Quiero creerte —dice con un tono de voz entristecido.

—Hazlo, mamá. Te estoy diciendo la verdad. Al principio los días estaban cargados de oscuridad, pero ahora estoy bien. Dolo cansado por el trabajo, nada más.

—Me alegro mucho por ti, cariño. Solo quiero que estés bien. Te echamos mucho de menos.

—Yo a vosotros también. Tengo que dejarte, mamá. Quiero ir a casa a relajarme un rato. Mañana volveré a llamarte.

—Vale, cariño. Cuídate, por favor. Te quiero.

—Yo también. —Cuelgo y sonrío. No puedo evitarlo; al final, mi madre siempre consigue lo que quiere. Solo espero que mi padre no tenga problemas con ella por mí, sé muy bien el carácter que gasta.

Cuando estoy a punto de cruzar la calle, una voz conocida grita mi nombre. Me giro y la veo a ella: Valeria. Viene corriendo hacia a mí.

—Hola. Perdona por el grito, pensé que te escapabas —me dice con una sonrisa.

—Hola. No te preocupes. Voy un poco distraído, acabo de hablar con mi madre.

—Espero no haber interrumpido.

—Por supuesto que no. ¿Ya has acabado por hoy?

—Sí, aunque me llevo trabajo a casa. Siempre es así.

—Deberías desconectar un poco. ¿Te apetece que salgamos a cenar? —pregunto animado.

—¡Claro! Me apetece mucho. Me vendrá bien desconectar, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no hablemos de trabajo, por favor. —Ambos reímos.

—Por supuesto. ¿Te recojo a las nueve?

—Perfecto. Más tarde te paso la dirección. Me voy corriendo, que tengo que hacer unas cosas. Nos vemos luego. —De nuevo su sonrisa vuelve a iluminar el lugar. Me apetece mucho la cena de esta noche. Creo que los dos necesitamos desconectar.

Horas más tarde, recibo un mensaje con su dirección. Me meto en la ducha y me arreglo para no hacerla esperar.

Puntual, como siempre, a las nueve llego a su casa. Ella enseguida baja y nos dirigimos al restaurante que he elegido para cenar.

Hablamos durante horas, nos reímos, cenamos, y pasamos una noche increíble. Ella me habla de su infancia, de sus padres; menciona a un hermano que vive en Puerto Rico, y me cuenta lo que le gusta de España. Ella pasa mucho tiempo allí por trabajo. Me sorprende saber que ha frecuentado los mismos sitios que yo y que tenemos muchas cosas en común.

Después de tomarnos una copa en un local muy conocido, la dejo en casa. Ella se acerca a mí para darme dos besos, y nuestras miradas se encuentran. En ese momento, nuestros cuerpos están a tan solo unos milímetros, y no puedo negar las ganas que tengo de besarla. Nuestra respiración se agita. Ella moja sus labios con la lengua y me hace entender que también se muere de ganas por besarme. Mi cuerpo se acerca al de ella, lo que provoca su nerviosismo. Coloco su pelo detrás de la oreja con suavidad, y ella fija su mirada en mi boca. Me acerco un poco más, cuando ella se detiene y me dice:

—Gracias por traerme, Alessandro. He disfrutado mucho de la cena y de tu compañía. Me voy ya, creo que es un poco tarde.

—Sí, es un poco tarde. Será mejor que me vaya. Que descanses, Valeria —digo nervioso. Deseaba besarla, pero quizá sea mejor así. Ella sale del coche, y yo me quedo mirando su silueta hasta que se pierde en el portal. Sin duda es una chica preciosa pero, además, es inteligente, risueña, y simpática. Cualquiera hombre en su sano juicio sería capaz de enamorarse de ella, incluso yo. «¿Qué estás diciendo, Alessandro? ¿Te has vuelto loco? En tu vida no hay lugar para el amor; ya has sufrido demasiado. Tú solo estás aquí como algo temporal. ¿Qué ocurrirá cuando te vayas? El corazón de ambos quedará destrozado», pienso.

Esa noche apenas pego ojo pensando en el acercamiento con Valeria. Estuvimos a punto de besarnos. No puedo dejar de preguntarme por qué decidió alejarse. Sé que ella también se moría de ganas por hacerlo. «¿Qué pudo haber ocurrido?», me pregunto una y otra vez. Solo deseo que llegue pronto el lunes para poder verla de nuevo.

## Capítulo 9

### *V*aleria

No he podido dejar de pensar en Alessandro en todo el fin de semana. Desde que me dejó en casa el viernes, no he hecho otra cosa que recordarlo a él y a sus labios. ¿Por qué fui tan estúpida y me aparté? ¿Qué hubiera pasado si no lo hubiera hecho?

No me he atrevido a hablar del tema con él. Es evidente que entre nosotros hay una atracción, pero no quiero confundirlo. Sé muy bien el motivo de por qué está aquí y no me gustaría ser su pañuelo de lágrimas mientras que el amor de su vida está en España. No quiero involucrarme demasiado con él para no salir dañada.

Me atrae; es evidente, pero quizá eso no sea suficiente. No puedo complicarme la vida con alguien que tiene su corazón atado. Alessandro me gusta demasiado y no quiero que las cosas salgan mal.

El lunes llega y a las nueve estoy en la oficina. Tenemos una reunión para ver cómo va el proyecto y para hablar un poco de los presupuestos.

Cuando estamos sentados, Valeria aparece corriendo de nuevo. Cuando la veo, no puedo evitar reírme al recordar el día de nuestro primer encuentro.

—Lo siento, de verdad. El tráfico está imposible. Lamento el retraso —nos dice mientras que deja las carpetas encima de la mesa.

—¡Ay, hija! Deberías aprender más de Alessandro; él siempre tan puntual. —Clava sus ojos en mí por unos instantes, pero enseguida me quita la mirada, como si le quemara.

Todos nos ponemos a trabajar. Solucionamos todas las dudas y, cuando todo está, el padre de Valeria nos deja solos. Ella sigue sumergida en los papeles; sé que no quiere mirarme. Quizá sienta vergüenza por lo que sucedió el otro día, o puede que esté enfadada conmigo. De cualquier manera, tengo que averiguarlo.

—¿Todo bien, Valeria? —pregunto.

—Sí, todo perfecto —responde sin tan siquiera mirarme a la cara.

—Creo que deberíamos de hablar de lo que sucedió el viernes. ¿No crees?

—No te preocupes, Alessandro. Está todo olvidado. Mejor seguimos con el trabajo.

—A mí sí me gustaría decirte algo.

—Tengo que irme. Hablamos más tarde. —Recoge sus cosas a toda prisa y sale de la oficina como alma que lleva el diablo; me deja con la palabra en la boca y con cara de idiota.

Pensé que hablaríamos más tarde, pero ha sido imposible. Me ha estado esquivando toda la mañana.

Por desgracia, no es el único día que lo hace; durante toda la semana, me evita. Apenas cruzamos palabra. El viernes hablo con Emiliano y le digo que hasta el miércoles no volveré porque tengo que resolver unas cosas en Florencia. Hasta entonces, seguiré trabajando allí y le pido que, si necesita cualquier cosa, me avise.

Ese mismo día cojo un tren a Florencia. Esta vez, tengo que quedarme en un hotel.

Por la noche pido algo de comer al servicio de habitaciones y, mientras que ceno, le pongo un mensaje a Valeria.

Alessandro:

Hola, ¿cómo va todo? Te has pasado toda la semana ignorándome. Vas a contarme a qué se debe.

Valeria:

Hola. Lo siento, de verdad. No he tenido una buena semana. No me ocurre nada. Tú, ¿qué tal?, ¿ya de fin de semana?

Alessandro:

No tienes que engañarme. Sé que todo esto se debe a lo que ocurrió el viernes; algo de lo que, por cierto, no hemos hablado. No me he olvidado de lo que pudo pasar. Tú, ¿sí? Estoy en Florencia hasta el miércoles, no sé si te lo ha contado tu padre. Tengo asuntos que resolver por aquí.

Valeria:

Alessandro, por el bien de los dos, deberíamos de olvidarlo. Creo que tú ya tienes bastantes problemas como para ocuparte también de mí. No sabía nada de que te ibas a Florencia; esta vez no tendrás a una guía pesada.

Alessandro:

Lo cierto es que no me importaría tenerte aquí. ¿Puedo llamarte? Hay cosas que me gusta más decir por teléfono.

Espero unos segundos y, cuando me dice que sí, descuelgo para llamar.

—Hola —responde con su voz dulce.

—Hola. No quiero molestarte, no te he preguntado si estás ocupada —digo en tono preocupado.

—Tú nunca me molestas, Alessandro. Me gusta mucho hablar contigo.

—Me alegra saberlo. Valeria, solo quería decirte que para mí no eres ningún problema, todo lo contrario. Desde que he llegado este país, has sido lo mejor que me ha pasado. Nunca he pensado que fuera a conocer a alguien tan especial como tú.

»Yo mismo te he contado mi historia. Sabes por qué me fui de España, pero... las cosas nunca

son como uno espera. No sé qué me ocurre contigo, lo único que entiendo es que quiero tenerte cerca. Eres como la dosis de energía que necesito cada día.

»El otro día, si tú no me hubieras parado, te hubiera besado, y lo hubiera hecho porque fue lo que sentí en ese momento. Desde que te he conocido, no he podido dejar de pensar en ti. Yo mismo me lo he reprochado una y mil veces después de todo lo que me ha ocurrido. No estoy enamorado de ti, pero sí puedo decirte que me gustas mucho, Valeria. No creo que esté preparado para una relación, ni siquiera sé si he conseguido olvidarme de ella, pero no te saco de mi mente. Me gusta estar contigo y no quiero dejar de hacerlo. —Ante mis palabras, ella se queda en silencio. No sé si la he asustado, o si simplemente es que no tiene los mismos sentimientos hacia a mí—. Lo siento, quizás he hablado de más. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, Alessandro. Pienso lo mismo que tú. Yo también te habría besado, pero por un momento tuve que mantener la cabeza fría. Después de todo lo que me contaste, no quería meterme en el medio de nada y que acabaras con la cabeza más liada. Me gustas; es evidente, pero me da miedo lo que pueda pasar con nosotros. No quiero terminar enamorada de ti y que después te marches a España en busca de tu gran amor. No quiero ser un pasatiempo para nadie.

»Ya pasé por eso una vez y no quiero que se repita. Tampoco quiero que tú sufras. Puede que necesites más tiempo para aclarar tus sentimientos y que solo estés confundido.

—No te voy a negar que tengo muchos pensamientos en mi cabeza y que estoy confundido. Pero algo sí es verdad y es que me gustas. No te iba a besar como un pasatiempo, lo iba a hacer porque me atraes. Me gustaría decirte que tendremos una relación, pero ni yo mismo sé lo que pasará mañana. Tampoco quiero que pienses que, a la primera de cambio, voy a salir corriendo, porque no es así. Yo sé muy bien por qué dejé España. Ahora también tengo cosas importantes aquí que no quiero dejar escapar —digo con total sinceridad. Me gustaría poder empezar algo serio con ella, pero en este momento, en el que mi corazón navega a la deriva, soy incapaz.

—¡Ay, Alessandro! Desde el primer momento que te vi, supe que me traerías problemas. ¿Por qué tienes que ser así?

—¿Así cómo?

—Tan guapo y simpático. —No puedo evitar reír con su comentario.

—Creo que tú me ganas. Nunca he conocido a alguien con una personalidad como la tuya. Eres especial, Valeria. Demasiado. Siempre tienes una sonrisa, y creo que, a veces, no piensas lo que dices, y eso me encanta.

—Tienes mucha razón. No me malinterpretes; no hablo de lo de especial, sino de que no pienso las cosas. Te diré que, a veces, eso me trae muchos problemas. Me gustaría ser de otra manera, pero no puedo. Y lo de sonreír... mi madre me enseñó ello. También sé estar seria cuando la ocasión lo requiere.

—No dudo de ello. Tendrás que enseñarme.

—¿A qué?



—A ver la vida como tú la ves.

—No es tan difícil. Solo se trata de sonreír a los problemas. La vida es demasiado dura, pero no hay que tomarla tan en serio.

—Te admiro. Bueno, cuéntame: ¿qué harás el fin de semana?

—¿Dormir? Necesito recuperar horas de sueño. ¡Ah!, se me olvidaba, también tengo que trabajar. —Su voz se apaga por unos instantes.

—A lo mejor, podrías venir a Florencia. Necesito una guía de nuevo. Hay muchas cosas que me quedan por conocer de aquí. Además... odio comer solo.

—¿Me estás haciendo una invitación?

—No la necesitas.

—Puede que me apetezca el plan.

—¿Te recojo mañana en el tren?

—Todavía no he dicho que sí.

—Es cuestión de tiempo. —Ambos reímos.

—Nos vemos mañana. Descansa, te hará falta para seguirme el ritmo.

—Puedo con todo, señorita. Te veo mañana. Gracias.

—¿Por qué?

—Por venir a acompañarme.

—En realidad no lo hago por ti, sino por esa ciudad; me tiene totalmente enamorada. Nos vemos mañana. —Hasta por el teléfono, sé que está sonriendo. Cuelgo y me recuesto sobre el sofá. «Esta chica es demasiado especial para ser real. No puedo permitirme el lujo de perderla», pienso.

## Capítulo 10

Son las once de la mañana, y estoy frente a la estación de tren, esperando a la mujer que, desde que la he conocido, ha hecho que deje de pensar en otra cosa que no sea ella. Ya no tengo miedo. Ahora sé que la decisión de irme ha sido la correcta.

Por fin, la veo aparecer. Una sonrisa, de nuevo, ilumina su cara, y en este momento no necesito más.

Se acerca a mí y me da un tierno beso en la mejilla.

—Gracias por venir a por mí —me dice.

—Gracias a ti por estar aquí.

—No hay una compañía mejor. ¿Qué te apetece hacer?

—Te dejo decidir. Por la noche te llevaré a un lugar que he descubierto. Puede que te sorprenda.

—¿De verdad?

—Sí. Pero ahora tú decides a dónde vamos.

—Me parece bien.

Lo primero que hacemos es desayunar. Me cuenta anécdotas de cuando ha estado aquí. Después de eso paseamos por la ciudad; me lleva a conocer los sitios que nos quedaron el otro día, y nos sentamos a comer una *pizza* en un parque. Todo resulta perfecto a su lado; sería imposible pensar que no.

Me pregunto qué hubiera pasado si la hubiera conocido antes. Estrella vuelve a mi mente, y creo que ella se da cuenta.

—¿Sabes? Tengo curiosidad por saber cómo es ella.

—¿Quién? —Trato de disimular, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

—¡Vamos, no te hagas el tonto! Sabes muy bien de quién estoy hablando.

—Es una chica... especial. Siempre lo ha sido.

—Pero habrá algo que te enamoró de ella, ¿no?

—Era preciosa. Bueno, lo sigue siendo. Siempre está sonriendo, me gusta bromas...

—¡Vaya! Parece que chicas sonrientes tenemos mucho ganado contigo.

—Lo cierto es que sí. Me encanta la gente que siempre sonrío. Quizás es porque yo nunca lo hago.

—Tú también lo haces. Solo necesitas estar con la persona adecuada. A mí también me gusta tu parte seria. Por ejemplo, para el trabajo, eres mucho más profesional, más atento... Yo suelo ser una loca que siempre llega tarde.

—Eso es cierto. Pero tienes una manera muy peculiar de aparecer.

—Te estás riendo de mi caída, ¿verdad?

—Sí. Lo siento, no puedo evitarlo. Me encantó el día en que te conocí. No pude reírme por respeto, pero...

—¡Serás canalla! No lo hice a propósito. Tengo tendencia a caerme cuando voy tarde.

—Ya. También a hablar mucho.

—¡Dios! ¡Eres como mi padre! —Ambos reímos a carcajadas.

—¡No me digas eso!

—Sé que, a veces, hablo demasiado, no puedo evitarlo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto que sí.

—¿Sigues pensando en ella?

—Sí, pero las cosas han cambiado. Antes ocupaba mi mente las veinticuatro horas, ahora...

—¿Y ahora qué?

—Ahora lo ocupas tú. No sé cómo, pero te has metido en mi cabeza y no me das tregua. Sé que no me he olvidado de ella; aunque también sé que, si sigo aquí, las cosas cambiarán. He comprendido que no puedo mendigar amor. Yo también merezco que me quieran.

—¿Y qué piensas de nosotros?

—Que me gusta estar contigo, que quiero que nos sigamos viendo, y que pase lo que tenga que pasar. Necesito que mi corazón aprenda a sentir de nuevo.

—Tengo miedo, Alessandro.

—Yo también, pero creo que merece la pena arriesgarse. No me gustaría hacerte daño, por eso quiero ser del todo sincero. Me gustas mucho, pero ella sigue presente en mi corazón. Me encantaría decirte que la he olvidado, pero no quiero mentirte.

—No quiero ser un parche para tus heridas. Me da miedo salir dañada de todo esto. Ya te he dicho que me gustas mucho, pero no sé si merece la pena arriesgar tanto por algo que puede que nunca sea verdad.

—Solo te puedo pedir que vivamos el momento y que pase lo que tenga que pasar. Solo el tiempo dirá hacia dónde va nuestra relación.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿me darás una oportunidad?

—Creo que sí. —Me acerco despacio a ella, coloco su pelo castaño detrás de la oreja, la miro nervioso, pongo mis labios en los suyos, y me dejo llevar por el deseo que hace días recorre mi cuerpo. Ella acepta el beso. Entrelaza sus manos en mi cuello y acaricia mi nuca suavemente, mientras que yo profundizo más el beso para hacerle entender que esto es algo más que una simple atracción.

Cuando nos separamos, ella me mira con una tierna sonrisa.

—Me encanta verte sonreír —añado con ilusión.

—A mí también me gusta cuando lo haces. Tienes cara de niño bueno.

—En realidad lo soy.

—¿Te apetece que tomemos un café?

—Me parece perfecto.

Paseamos de nuevo, hablamos, y vuelvo a perderme en ella. Nuestras manos se entrelazan, y en nuestras caras se dibuja una sonrisa. No sé lo que ha hecho esta mujer conmigo, pero me gusta. Me siento bien cuando ella está a mi lado.

Por la noche la llevo a uno de los restaurantes que me ha recomendado mi padre, y después vamos a mi hotel. Llegamos tan cansados que nos quedamos dormidos en el sofá. Cuando me despierto, tengo su cuerpo pegado al mío. La observo. Su vestido se ha levantado un poco, y puedo ver sus preciosas piernas. Es una mujer muy atractiva; mi entrepierna también lo sabe. Tengo muchas ganas de tener intimidad con ella, pero creo que no es el momento, y no es por falta de ganas. Llevo varios meses sin estar con nadie; y verla a ella, tan atractiva y besándome de la manera en que lo hace, no ayuda. Pero esta vez no quiero correr. Necesito ir despacio para que las cosas vayan bien.

Vuelvo a clavar mi mirada en sus labios y lentamente me levanto del sofá; la cojo en brazos y la llevo a la cama. No puedo dejar de contemplarla; es simplemente preciosa. Cierro la puerta de la habitación y vuelvo al sofá.

Me quedo dormido pensando en sus labios, en sus besos y en las ganas que tengo de estar con ella.

Por la mañana me despierto porque alguien me besa el cuello. Cuando abro los ojos, me encuentro con los ojos de Valeria; me miran con deseo, y esta vez no seré yo quien ponga obstáculos entre nosotros.

Se acerca a mí lentamente y se apodera de mis labios; se deshace de mi camiseta y traza un camino de besos por todos mis abdominales. Cuando llega al final, baja mi pantalón, y me dedica una mirada perversa. Mete su mano dentro de mi bóxer, y un millón de sensaciones estallan en mí. Echo la cabeza hacia atrás y disfruto de cada movimiento que ella hace con la mano. Cuando estoy a punto de perder el control, me incorporo y hago mía su boca. Bajo suavemente los tirantes de su camiseta y, después, me deshago de su sujetador. Ahora puedo contemplarla tal y como es.

Ella se acerca de nuevo a mi cuello y deja pequeños besos en él que hacen que mi erección siga creciendo. La miro a los ojos y, tratando de no matar nuestro deseo, digo:

—Tengo que ir a por un preservativo, necesito más de ti. —Sonríe, y yo salgo del salón. Cuando vuelvo, ella sigue en la misma posición. La beso, pero se inclina hacia atrás.

—Alessandro ¿estás seguro de esto? —me pregunta con cierta tristeza.

—¿Crees que, de otra manera, hubiera llegado tan lejos? ¿Qué ocurre, Valeria?

—Tengo miedo. Solo eso.

—¿A qué?

—A que descubras que no soy yo lo que buscas. —Acaricio su pelo y trato de que no piense en eso.

—Mira, he estado con chicas, y no ha funcionado. ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y ellas?

—Me mira mientras espera la respuesta—. Que en ellas solo veía un rato, y en ti veo momentos, viajes, lugares, futuro... Todo eso es lo que quiero contigo, Valeria. —Se sorprende ante mi respuesta y sonrío.

Se acerca de nuevo a mí, y nos besamos una y otra vez. Un solo movimiento hace que ella esté encima de mí. Mis dedos tocan cada rincón de su cuerpo; ella hace que estalle con cada una de sus caricias. Me pongo el preservativo y, sin más, entro en ella. Gime con cada movimiento. En sus ojos puedo ver el placer que está sintiendo, y eso hace que mi deseo vaya en aumento. Acaricio sus pechos, y mi boca juguetea con sus pezones; ella enloquece y aumenta el ritmo. Sus movimientos son tan placenteros que no aguanto más y exploto sin pensar en nada. Me inclino hacia atrás, estoy exhausto. Me hubiera gustado que hubiera durado más, pero esta mujer es demasiado para mí. No esperaba que fuera así en la intimidad.

—¿Cansado? —pregunta.

—No. Yo diría que... ¡encantado! No esperaba algo así. Siento no haber durado...

—¡Alessandro! Ha estado genial; créeme. Has conseguido que enloquezca. Solo espero poder repetir. —Me guiña un ojo y vuelve a besarme.

—¡Eres increíble! Conocer te ha sido lo mejor que me ha podido pasar. Solo espero que podamos cumplir con todo lo que te he dicho antes.

—¿Un futuro? Yo también lo espero. Siento cosas muy especiales por ti, Alessandro. No me gustaría perderte.

—Eso no sucederá. No soy tan idiota como para dejarte escapar.

## Capítulo 11

Nunca he imaginado que Italia me traería tantas cosas buenas. Han pasado casi dos meses desde que dejé Madrid, y puedo decir que aquí soy muy feliz. Tengo un trabajo que me apasiona, una casa que me gusta y... he conocido a una mujer extraordinaria que no solo me acompaña en mi profesión, también en mi día a día. No me atrevo a hablar de amor, pero sí puedo hacerlo de sentimientos.

Ella ha sabido ganarme. Es una mujer maravillosa, llena de alegría. Una persona que te invita a vivir.

Las cosas entre nosotros no podrían ir mejor. Pasamos casi todo el día juntos y, alguna que otra noche, ella se viene a dormir a mi casa. No le ponemos nombre a lo nuestro, pero ambos sabemos que es mucho más que un rollo pasajero. Valeria me ha demostrado que puedo volver a ilusionarme.

Solo queda un mes para mi cumpleaños, y mi madre empieza a estar nerviosa. Me ha dicho varias veces que tengo que ir a Madrid para pasar ese día con ellos, pero eso ni entra en mis planes, ni tampoco creo que sea posible. Tenemos demasiado trabajo por hacer todavía, y no puedo irme de viaje.

*Una noche...*

—Lo siento, mamá, he tenido demasiado trabajo esta semana. ¿Cómo estáis?

—No quise molestarte, cariño. Imaginaba que estabas muy liado. Todos estamos bien, echándote de menos; ya lo sabes. ¿Cómo va todo por allí?

—Va todo bien, mamá. Estoy muy bien. ¿Qué tal está papá?

—Todavía no ha llegado, últimamente tiene demasiado trabajo. Algunos días tengo que ir a ayudarlo cuando salgo del periódico; está demasiado estresado.

—¿Va todo bien, mamá?

—Sí, no tienes de qué preocuparte.

—No estoy muy seguro de eso.

Cuando estoy hablando con ella, Valeria aparece por casa.

—Hola, cariño, ya he llegado. ¿Dónde estás? —Me asomo por la cocina, para que me vea, y

rezo por que mi madre no la haya oído.

—Creo que voy a llamar a papá. Me has dejado preocupado con lo del trabajo. ¿Hablamos mañana? —Trato de cortar la conversación.

—¿De quién es esa voz? ¿Vives con alguien?

—Mamá...

—Alessandro, no soy idiota. He oído la voz de una mujer, y te ha llamado «cariño». ¿Hay algo que no me has contado?

—Te lo contaré, mamá, pero ahora no puedo. Hablamos mañana.

—No vas a escaparte. Charlaremos, y me contarás qué está pasando.

—Sí, mamá. Cuídate y cuida de papá. Te quiero.

Cuelga, pero no lo hace convencida. Sé que mañana tendré que dar explicaciones. Me toco el pelo como gesto de nerviosismo; Valeria se acerca para besarme.

—¿Ocurre algo? —pregunta preocupada.

—Mi madre te ha oído. Mañana tendré que explicarle lo que está sucediendo.

—Lo siento, no sabía que estabas hablando con ella. Perdóname. —Su cara se entristece.

—¡Eh! —Cojo su barbilla y la obligo a mirarme—. No tienes que pedirme perdón por nada. Este momento tenía que llegar; llevamos tiempo juntos. Creo que va siendo hora de que mi familia sepa que tengo a alguien en mi vida. —Una sonrisa ilumina su cara.

—No quiero que te sientas obligado a nada.

—¿De qué hablas? No le hemos puesto nombre a lo nuestro, pero los dos sabemos que esto no es pasajero, ¿no?

—Para mí no, Alessandro. Sabes que estar contigo es como un sueño. No he querido presionarte.

—Lo sé, pero llevamos tiempo juntos, y yo quiero intentar algo más contigo. No te voy a engañar, tengo mucho miedo, pero creo que las cosas entre nosotros pueden salir bien. —Se acerca a mí y me abraza con ternura.

—Desde que llegaste aquí, supe que serías alguien importante en mi vida, pero...

—¿Pero? —pregunto con inquietud.

—Desde el mismo momento en que empezamos con esto, no hay día que no sienta miedo de que te vayas y me dejes aquí. Me aterra pensar que algún día dejarás todo esto y volverás a tu antigua vida.

—¿De qué hablas? No tengo ninguna intención de irme y, si lo hiciera, lo haría contigo. Eres muy especial para mí, Valeria. Mucho más de lo que piensas. No quiero que sigas viviendo con ese miedo. No voy a moverme de aquí. Si algo tengo claro es que quiero estar contigo. —Acaricio su mejilla y la miro directamente a los ojos—. Te has ganado mi corazón. Eres muy especial para mí, cariño. No voy a marcharme, te lo prometo. —Hunde su cabeza en mi pecho y suspira. Yo solo puedo abrazarla. Le he dicho la verdad: no pienso irme de su lado. No ahora, que sé lo que siento por ella.

Después de una noche de confesiones, al día siguiente, como era de esperar, mi madre empieza con el interrogatorio. No me queda otra que contarle la verdad.

Se sorprende al saber que he conocido a alguien y que estoy ilusionado. Supongo que todos esperaban que iba a volver a casa porque no había conseguido olvidarme de... Sí, de Estrella. Quizás no lo haya hecho, pero solo sé que con Valeria me siento feliz. Ella me hace la vida más fácil, y en este momento no me planteo estar alejado de Valeria.

Mi madre me pregunta sobre ella. Quiere saber cómo surgieron las cosas entre nosotros, qué planes tenemos... No quiero darle muchos detalles, porque ni yo mismo sé lo que ocurrirá.

Le soy sincero y le digo que, en este momento, no me planteo volver a casa. Tengo muchos meses de trabajo por delante; pero estoy seguro de que, cuando acabe con todo el proyecto, seguiré buscando proyectos por aquí. No quiero alejarme de ella.

Mi madre parece feliz al escuchar lo que le cuento, aunque en su voz también noto cierto tono de melancolía. Sé que hay algo que no me está contando o que, quizás, prefiere que no sepa. No insisto.

Vuelve a sugerirme lo del cumpleaños, pero mi respuesta sigue siendo la misma: «No puedo marcharme en este momento». Quizás, más adelante...

Días más tarde, hago una videollamada para hablar con todos y poder verlos. Valeria está conmigo, y hago las presentaciones aunque sea a través de una cámara y a cientos de kilómetros de distancia. Ella se siente nerviosa pero, en tan solo cinco minutos, se mete a toda mi familia en el bolsillo. Hasta a mi madre, que es la más dura para estas cosas.

Cuando colgamos, es ella la que me manda un mensaje para decirme que me ve muy feliz y que Valeria le gusta mucho, que está deseando poder conocerla en persona y que hacía mucho tiempo que no me veía tan relajado y sonriendo de esa manera. Yo tampoco puedo negarlo; desde que esta mujer ha aparecido en mi vida, todo ha cambiado. Yo he vuelto a ser el mismo de siempre. Puedo decir que de nuevo creo en el amor y que ahora sí estoy dispuesto a llegar hasta el final. Sé que por Valeria merece la pena.



## Capítulo 12

El día de mi cumpleaños siempre ha sido una celebración familiar. Al estar lejos de ellos, siento cierta melancolía. Valeria ha insistido en que salgamos a comer y en que después nos tomemos la tarde libre. No puedo decirle que no.

A primera hora de la mañana, mi madre me ha llamado para felicitar me. He notado cierta tristeza en su voz y no he podido evitar sentir lo mismo. Sé que todos me echan mucho de menos y que hoy, mucho más.

—Cariño, ¿nos vamos ya? —pregunta Valeria sonriente.

—Déjame que termine unas cosas, y nos vamos.

—Vale, no tardes. Te espero abajo. —Acabo lo que tenía pendiente y salgo en busca de Valeria.

Cogemos el coche y nos vamos al restaurante donde ha reservado. Cuando nos dan la mesa, no puedo evitar sorprenderme. No es una mesa para dos; hay cuatro sillas más. Me pregunto si serán sus padres los que van a venir a celebrar con nosotros. La miro tratando de encontrar una respuesta.

—Lo siento, pero todavía no puedo decirte nada. Solo sé que te va a encantar la sorpresa. — Sus ojos están llenos de ilusión, pero no consigo saber qué es eso que me está ocultando. Nos sentamos, y comienzo a ponerme nervioso.

—¿No piensas decirme nada? No soporto tanta intriga.

—En unos minutos sabrás de qué se trata. ¡Vaya! Parece que ese momento ha llegado. —Veo cómo Valeria mira hacia la puerta y me sonríe—. Feliz cumpleaños, amor. —Me doy la vuelta y puedo ver a mis padres y a mis hermanas. Tengo que parpadear varias veces porque no puedo creer lo que tengo delante. Me levanto y voy hacia ellos para abrazarlos. Mi madre no me suelta. Ambos lloramos. He necesitado tanto sus abrazos... La he echado mucho de menos, y volver a verla es una dosis de alegría.

—¡No puedo creer que estéis aquí! ¿Esto es verdad? —pregunto aún con lágrimas en los ojos.

—¡Claro que es verdad, cariño! Tienes que darle las gracias a Valeria; a ella se le ha ocurrido esto. Nosotros solo tuvimos que coger un vuelo. —La miro, me acerco a ella y fundo mis labios con los suyos en un tierno beso.

—Gracias. No imaginas lo que supone esto para mí, sabes lo importante que es mi familia.

—No tienes nada que agradecerme. Solo quiero que seas feliz.

—¿Nos sentamos? —pregunto. Mi madre me mira y se tensa—. ¿Qué ocurre, mamá?

—No quiero empañar el día de tu cumpleaños, pero hay alguien que ha venido con nosotros. Yo no estaba muy de acuerdo, pero tampoco nos pudimos negar, cariño. Espero que no te enfades con nosotros.

—No entiendo nada de lo que dices. —Mi madre se gira y dirige su mirada a la puerta. Cuando yo lo hago, puedo ver a Estrella. Por un momento pienso que es un espejismo. Ella se acerca lentamente a mí. Cuando estamos a tan solo unos pasos, me dice:

—Hola, Alessandro, ¿cómo estás? —Me quedo inmóvil y no soy capaz de reaccionar. No puedo creer que, después de tanto tiempo, ella esté delante de mí. «¿Por qué está aquí? ¿A qué ha venido?», me pregunto sin cesar.

Miro a mi madre; ella sube los hombros, incapaz de darme una respuesta.

—Parece que no te alegras de verme. ¡Felicidades! —Se acerca a mí y me da dos besos.

—¿Qué haces aquí, Estrella?

—Necesitaba verte. Tenemos que hablar. —Valeria me mira, está seria. Sus ojos están vidriosos, y sé que, en cualquier momento, sus lágrimas comenzarán a salir.

No es una situación cómoda para ninguno, ni siquiera para mí.

—Estrella, no es el momento.

—Lo siento, Alessandro. Será mejor que me marche para que podáis hablar —dice Valeria.

Agarro su brazo y digo:

—No tienes que irte a ningún lado, tú has organizado todo esto. Quiero celebrar contigo mi cumpleaños. Eres la única persona con quien quiero estar. —Estrella me mira, y por sus mejillas comienzan a caer dos lágrimas. No quiero hacerla llorar, pero tampoco que Valeria se sienta mal. Estrella decidió no arriesgar, me dijo que me marchara, y todo se acabó. El momento pasó.

—No te preocupes, Alessandro. Soy yo la que se marcha, parece que estoy de más. Disfruta de tu cumpleaños. —Pienso en retenerla, pero sé que eso sería un error. Ahora no estoy solo; las cosas han cambiado.

Cuando Estrella se marcha, todos nos sentamos a la mesa. Estamos serios, y nadie es capaz de decir ni una palabra. Mi padre rompe el hielo.

—¿Podemos olvidar lo que acaba de pasar y tratar de que la comida se convierta en un rato agradable?

—Sí. Será lo mejor —dice mi madre.

Tratamos de obviar el momento que hemos pasado, y volvemos a la normalidad, aunque en mi mente eso resulta imposible.

Mi madre parece muy entusiasmada con Valeria. Hablan amigablemente, y todo indica que se llevan muy bien. La comida resulta ser agradable. Mis padres me comentan que estarán aquí un par de días más. Valeria me ha dicho que me coja esos dos días para estar con ellos. Su padre está al tanto y no ha puesto ningún problema. Acepto porque quiero disfrutar de su compañía antes de que se marchen.

Cuando terminamos de comer, salimos a pasear. Mi madre se acerca a mí, y empezamos una charla.

—Solo quiero decirte que... intenté evitarlo, cariño, pero fue imposible. Espero que no estés enfadado conmigo.

—No estoy enfadado, mamá, solo un poco decepcionado, asombrado... No sé. No entiendo muy bien qué hace aquí. ¿Por qué, mamá? ¿Tú le dijiste que estaba aquí?

—En realidad no fui yo quien se lo dijo. Llamé a tu tía Ana; estuvimos charlando, y me preguntó por ti. Una cosa llevó a la otra, y le comenté dónde estabas. Nunca pensé que se lo contaría a Estrella. Le hablamos sobre el viaje y, un día antes de venirnos, Estrella me buscó. Hablamos durante horas, y me explicó lo que había sucedido entre vosotros. Me comentó que quería hablar contigo y venir con nosotros. Me negué en rotundo, cariño, pero al final está aquí.

»Le expliqué que tú tenías otra vida, que estabas feliz y que no quería que volvieras a sufrir. Le dije que dejara las cosas como estaban. Estaba empeñada en hablar contigo, Ales; no pude hacer nada. No quiero que tu cumpleaños se convierta en un día lleno de tristeza. Lo siento.

—No es culpa tuya, mamá. Lo que no entiendo es qué hace aquí después de todo. Fue ella la que me echó de su vida. Siento haberla tratado así, pero entiende que Valeria merece su sitio. No podía dejar que se marchara. Ella ha sido un gran apoyo desde que estoy aquí y, además, ella ha organizado todo esto. No me parecía justo que se hubiera ido.

—No tienes que explicarme nada, cariño. Sé cómo eres. A mí tampoco me hubiera parecido justo que Valeria se hubiera ido. Lo cierto es que es una muchacha encantadora. Me alegro mucho de que estés así de bien.

—Gracias, mamá. Es verdad; ella es una chica estupenda. No me gustaría perderla.

—Solo quiero pedirte algo; sabes lo que significa Estrella para mí. No te digo que todo vuelva a ser como antes pero, por lo menos, habla con ella, cariño. No lo ha pasado bien estos meses. Sé que ahora no piensas en ella de la misma manera, pero trata de que las cosas mejoren entre vosotros. Tendréis que veros en algún momento.

—Hablaré con ella, te lo prometo, aunque no sé si las cosas entre nosotros tendrán solución.

—Espero que sí, cariño. Todos estamos sufriendo mucho con esto. Tu tía Ana también; no ha querido llamarte para no hacerte sentir incómodo.

—Trataré de solucionarlo. ¿Disfrutamos de la ciudad?

—Prefiero disfrutar de ti. —Mi madre me da un tierno beso en la mejilla. Es una suerte poder hablar con ella de todo.

Mi cumpleaños se convierte en un día especial. Mi familia está encantada con la presencia de Valeria, y ella también. Para mí es muy importante que todos se lleven bien.

Por la noche acompañamos a mis padres al hotel, y Valeria y yo volvemos a casa. Allí nos sentamos en el sofá. Yo paso mi brazo por su hombro y la traigo hacia a mí.

—Gracias por hacer que mi día haya sido tan especial —le digo y le doy un beso en los labios.

—No tienes que dárme las; lo he hecho encantada. Sé lo importante que es para ti tu familia. Quería que tuvieras un cumpleaños muy feliz, aunque...

—Necesito que hablemos de eso. Para mí ha sido una sorpresa que ella haya estado aquí. Nunca lo hubiera imaginado.

—No tienes que preocuparte. No te puedo negar que me sentí incomoda con su presencia, pero... Sé que ella es importante en tu vida; no puedes hacerla desaparecer porque esté yo.

—Solo quiero que entiendas que soy feliz contigo, pero tengo que resolver algunos asuntos con ella. No te sientas mal por ello; voy a tener una conversación antes de que se marche. Creo que es la única manera para poder continuar.

—Lo entiendo, Alessandro. Es lo que yo haría. No voy a ponerme celosa por eso. Aunque decidieras que quieres estar con ella, tampoco me enfadaría contigo. Eres demasiado especial para mí y, aunque te fueras de mi lado, me alegraría de que fueras feliz.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás tirando la toalla?

—No es eso, pero tampoco quiero creer que dejarás todo por mí. Ella ha sido el amor de tu vida; eso no se puede borrar de un plumazo.

—Valeria, eres la persona con la que quiero estar en este momento. No te voy a negar que ella ha sido mi gran amor, pero eso se ha acabado. Ahora solo pienso en ti.

—Solo quiero que, si algún día dudas o decides volver con ella, por favor, me lo hagas saber. No me engañes; no lo soportaría.

—Jamás haría eso.

Esta noche he necesitado ser sincero con Valeria. He tratado de demostrarle lo mucho que la quiero, pero dentro de mí se está librando otra batalla. Estrella ha vuelto y siento miedo, temor de que los sentimientos que he enterrado vuelvan a aparecer.

## Capítulo 13

### *E*strella

Me pensé una y mil veces venir. No he hecho caso de lo que todos me advirtieron, y aquí estoy ahora, llorando en Italia por un hombre que ha decidido olvidarse de mí. O quizás he sido yo quien lo ha empujado a que lo haya hecho.

Pensé que vernos reafirmaría lo que ambos sentimos, pero me he equivocado. Él se ha olvidado de mí, y lo peor de todo es que tiene a alguien a su lado.

Mi tía Sofia quiso advertirme, me dijo que él tiene otra vida y que era mejor dejar las cosas como están, pero no quise hacer caso. Mi corazón no quería creer que el hombre al que he querido durante tantos años se hubiera olvidado de mí.

Me ha tratado con frialdad, sin importarle el motivo por el cual estoy aquí. Han pasado varios meses desde nuestra última conversación. Aquella noche, en la que le dije que se marchara, solo lo hice por rabia. No era mi corazón el que hablaba. A la mañana siguiente fui al aeropuerto, pero el taxi se retrasó y, con él, el poder recuperar a Alessandro.

Me he culpado todos los días, he llorado, he chillado, me he cabreado conmigo misma por dejarlo escapar, pero de nada vale. Lo he perdido. Ahora, que estoy aquí y que lo he visto con ella, he podido darme cuenta. Todo se ha terminado; no hay vuelta de hoja para nosotros.

Apenas he pegado ojo en toda la noche. Volver a ver a Estrella ha sido como un jarro de agua fría. Supongo que la vida es así: cuando menos lo esperas, te recuerdan esas cosas que más te han dolido.

Le he mandado un mensaje a mi madre para que me dé el teléfono de Estrella. Cuando me fui, me prometí a mí mismo que no la llamaría.

Salgo de la habitación y marco. Me contesta casi al instante.

—¿Sí? —contesta.

—Soy yo, Alessandro, quiero que hablemos. ¿Podemos vernos en media hora? —Se queda callada unos instantes.

—Sí. No conozco nada de la ciudad; tendrás que venir a buscarme.

—No hay problema. Nos vemos en media hora. —Cuelgo. Necesito que entre nosotros queden

las cosas claras, y para eso tenemos que hablar.

Valeria sigue durmiendo, así que prefiero no despertarla. Le dejo una nota en la mesilla y salgo al encuentro con Estrella.

Cuando llego al hotel, ella me está esperando en la puerta. Tiene el semblante serio, lleva puesto un abrigo largo y tiene las manos metidas en los bolsillos. Hoy el día se ha levantado más frío de lo normal. Me acerco a ella y la saludo.

—Hola. ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

—Hola. No, solo unos minutos —responde con cierta tristeza.

—¿Quieres que tomemos un café?

—Sí. —Ambos caminamos calle abajo sin mirarnos ni pronunciar palabra. Después de tantos meses, parecemos dos desconocidos. Vienen a mi mente momentos de risas, enfados vividos con ella... En definitiva, momentos felices.

Llegamos a una cafetería y pedimos los cafés. Ella se quita el abrigo, pero le dan varios escalofríos.

—¿Quieres que te deje mi chaqueta? —pregunto.

—No, no te preocupes. Estoy bien.

—Estrella, siento mucho lo que ocurrió ayer. No te esperaba. No me gusta tratarte así, pero no podía permitir que...

—Que tu novia se fuera. Lo entiendo; no te preocupes. Cuando vine no imaginaba que tú... No tiene importancia. Es normal que tengas una nueva vida. Al fin y al cabo, yo no soy nada.

—No digas eso. Has sido muy importante en mi vida, pero... Nuestro tiempo pasó. Te quise mucho, Estrella, tanto que hasta dolía. A veces, no es suficiente.

—He venido aquí porque pensaba que me quedaba alguna oportunidad. Quería explicarte las cosas, que te dieras cuenta de que estos meses te había echado de menos. —Las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas—. No esperaba que tengas a otra chica en tu vida. Lo siento, me prometí no llorar. —Cojo una servilleta y le limpio las lágrimas. ¡No soporto verla de esta manera! Ella no se merece esto. Trato de pensar en cómo hacer las cosas para no herirla, pero... me resulta imposible.

—Lamento todo esto. Yo no imaginé que tú te presentarías aquí. Mi madre no me advirtió.

—Yo le dije que no lo hiciera, necesitaba que fuera una sorpresa. Pensé que al verme te darías cuenta de todo lo que me echaste de menos. Me equivoqué una vez más. Lo siento, Alessandro. No quiero causarte ningún problema con tu chica. Me disculparé con ella, lo haré. Sé que no fue correcto presentarme en esa comida.

—No tienes por qué preocuparte de eso. Ella sabe de tu existencia; puedes estar tranquila. He pensado mucho en ti, Estrella, pero fuiste tú la que decidió que lo mejor era que me fuera. Si esa noche me hubieras dicho que me quedara...

—¿Hubiera cambiado algo? —pregunta expectante. Yo me quedo unos segundos en silencio y, al final, decido contestar.

—Sí, hubiera cambiado todo. En este momento, probablemente, estaríamos juntos y no hubiéramos sufrido tanto.

—Sentí mucha rabia al saber que te ibas para alejarte de mí. No pensaba lo que decía. No quería que te marcharas, lo siento.

—Me has hecho mucho daño con tus palabras. Lo sabes, ¿verdad? —Ella asiente y agacha la cabeza—. Ambos nos hemos hecho mucho daño. Creo que lo mejor es olvidar.

—¿De verdad eres capaz de olvidar? ¿Todo?

—Es lo mejor para los dos, Estrella. Si seguimos con esto, las cosas empeorarán. No puedo permitirlo. —Ella se levanta de la mesa, recoge su abrigo, me mira fijamente a los ojos y añade:

—Lo siento, Alessandro, yo no puedo olvidar. Y sinceramente, tampoco quiero. Has sido y eres muy importante para mí. ¿Lo entiendes?

—Estrella...

—Será mejor que me marche. Solo quiero decirte una última cosa: el día que te fuiste, quise ir a buscarte, pero mi taxi llegó tarde. Cuando llegué al aeropuerto, tú ya te habías marchado. Perdí la oportunidad de poder hablar contigo y decirte que te quiero, que necesitaba intentarlo. Me moría de ganas por decírtelo, que no te marcharas. Pero fue inútil; llegué demasiado tarde.

»Me arrepentí de las palabras que te había dicho en el mismo momento en que te fuiste. Quise salir a buscarte, pero pensé que lo mejor era que las cosas se calmaran y hablar por la mañana. ¡Cometí un error, Alessandro! Me arrepentiré toda la vida. Te perdí por ser una idiota, nunca me lo perdonaré. —Las lágrimas vuelven a su rostro. Me acerco a ella y acaricio su mejilla—. Lo siento. No quiero seguir haciéndote daño, y mucho menos irrumpir en tu nueva vida. Te mereces ser feliz. Solo quiero que sepas que no quería que te fueras, que pensaba que todo se solucionaría, pero que llegué tarde. Perdóname. —Se marcha y, aunque tengo unas terribles ganas de salir tras ella, no lo hago. Vuelvo a sentarme, apoyo mi cabeza en la mesa y pienso. Tengo demasiadas cosas en las que pensar, no me esperaba una confesión como esa. No imaginaba que ella iba a venir a buscarme. «¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Por qué nunca supe que ella fue al aeropuerto? Puede que hubiera vuelto, no lo sé», pienso.

Paseo durante horas tratando de despejar la mente. Más tarde me reúno con mis padres y hablo con mi madre; ella es la única que puede entenderme. Le cuento todo lo que ha sucedido; ella me dice que lo sabía, pero que no podía decirme nada porque Estrella así lo quiso cuando me marché. Mi madre entiende mi angustia. Enterarme de todo eso solo ha hecho que vuelva de nuevo al pasado.

Un millón de dudas asaltan mi mente. «¿Qué tengo que hacer?», me pregunto una y otra vez.

Dos días más tarde, mis padres vuelven a poner rumbo a Madrid, y con ellos también lo hace

Estrella. Nos despedimos cordialmente, aunque entre nosotros aún quedan muchas preguntas sin responder.

Toda la felicidad que sentía días atrás parece haberse esfumado de golpe. Sin más.

Las horas en el trabajo se vuelven complicadas, mi humor no es el mejor del mundo, y eso también afecta a la relación con Valeria.

—Alessandro, cariño, ¿podemos hablar? —pregunta ella.

—Estoy un poco ocupado. ¿Lo dejamos para más tarde?

—Cuando tú quieras —me contesta de mala gana y se marcha de la oficina.

*¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué la trato así? Ella no se lo merece. Soy un idiota.*

Recojo mis cosas y me marcho. Necesito un poco de aire.

Cojo un café y me pongo a pasear. No me doy cuenta de la hora, solo me preocupo de andar.

Mi cabeza, en este momento, no está en su sitio. Paso demasiado tiempo pensando en Estrella, en lo que me contó, en lo que pasamos juntos, en los años que mantuve mi amor bajo llave por miedo a que ella no me quisiera. «¿Dónde queda todo eso después de saber que ella siente lo mismo y fue a buscarme al aeropuerto para darle una oportunidad a lo nuestro?», pienso.

Mi madre ha tratado de calmarme, pero creo que eso es algo imposible. He querido entender sus consejos y llevarlos a cabo; la única solución que veo en este momento es arreglar todo con Estrella para que mi vida pueda seguir su curso de nuevo. De otra manera, me volveré loco.

Esa noche, cuando llego a casa, Valeria no está. Supongo que, después de cómo la traté, no quiere tenerme cerca. Decido llamarla.

—Hola —contesta con la voz llena de tristeza. Sé que ha estado llorando.

—Hola, preciosa, siento lo que ha ocurrido esta mañana. Perdóname.

—¿Esta mañana, Alessandro? Llevas días tratándome como si te hubiera hecho algo. No quieres hablar conmigo, tienes un humor de perros, y yo ya no sé qué tengo que hacer.

—Lo siento. No te mereces que te trate así; no debí hacerlo. ¿Podrás perdonarme? No estoy pasando por mi mejor momento. No sé qué me está pasando.

—¿De verdad que no? Los dos sabemos muy bien lo que te ocurre. Tiene nombre de mujer. Desde que ella se marchó, no has vuelto a ser el mismo. Sé sincero contigo mismo y conmigo, Alessandro.

—No puedo contestarte. Tienes razón; desde que ella se fue, todo se ha complicado. Quedan muchas cosas que resolver, y eso me tiene agobiado. Lo siento.

—¿Y por qué no lo resuelves? Deja de posponer lo inevitable, porque de esta manera estás haciendo daño a la gente que te quiere. —Me quedo en silencio. Sé muy bien que tiene razón y que habla por ella.

—¿Por qué no vienes a casa y charlamos? Creo que los dos lo necesitamos.



—No es una buena idea después de todo lo que ha sucedido. Me da la sensación de que tienes la cabeza en otro lado, y lo que menos necesitas es estar conmigo.

—¡No digas tonterías! Tú eres mi mejor compañía; eso jamás lo dudes. Ven, por favor. Si de verdad no quieres hablar, no lo haremos, pero quiero tenerte cerca.

—Está bien, en un rato nos vemos. —Cuelgo y sonrío. Necesito que esté a mi lado; puede que, con ella, mis dudas se disipen.

Media hora después, Valeria y yo estamos frente a frente de nuevo. Ella me da un beso en la mejilla, y yo tiro de ella hacia a mí para llevarla a mis brazos.

Le sirvo una copa de vino y ambos nos sentamos en el sofá. Durante varios minutos, lo único que hacemos es mirarnos, sin decir ni una palabra, hasta que yo decido romper el hielo.

—Gracias por venir. Significa mucho para mí que lo hayas hecho después de cómo te he tratado estos días.

—No tienes que dármelas. Si estoy aquí es porque yo también lo necesito. Creo que ha llegado el momento de sincerarnos.

—Yo también. Quiero empezar diciéndote que lo que siento por ti es real, no te he utilizado para tapar nada. Esto es una realidad, pero tengo que ser sincero contigo. Desde que Estrella volvió, todo ha empezado a cambiar. Fue una visita inesperada, de esas que tardas en recuperarte. No esperaba que, con todo lo que sucedió entre nosotros, ella pudiera presentarse aquí. Lo cierto es que, después de nuestra conversación, todo ha cambiado. Yo jamás imaginé lo que me iba a contar, todavía lo estoy asimilando.

»Mi cabeza está hecha un lío, pero también mi corazón. Entre tú y yo las cosas van muy bien y, justo en el mejor momento, mi pasado vuelve para atormentarme. Tengo demasiadas dudas con ella y sin resolverlas; lamentablemente, no puedo pensar en un futuro contigo.

»Podría decirte que no siento nada por ella, pero desde su visita todo lo que creía olvidado ha vuelto de nuevo.

»De verdad que me gustaría decirte que ya no pienso en ella y que lo nuestro solo será una charla para sanar ciertas heridas, pero creo, honestamente, que te estaría mintiendo. No puedo prometerte algo que ni yo mismo sé si sucederá. Lo siento. —Las lágrimas de Valeria comienzan a salir, y yo me siento un miserable. Lo último que yo quiero era hacerle daño a esta mujer—. Lo siento, cariño. No te mereces nada de lo que está pasando. Me gustaría decirte otra cosa, pero quiero decirte la verdad.

—Alessandro, todo esto yo ya lo sé. No quería que se hiciera realidad, pero siempre he pensado que lo nuestro tenía fecha de caducidad. He vivido bajo la sombra de esa mujer, con miedo a que ella aparezca de nuevo o a que tú mismo nunca logres olvidarte de ella definitivamente. Sé que me quieres, pero no de la forma que lo haces con ella.

»Yo misma he jugado a este juego, yo he querido meterme en la boca del lobo sabiendo que esto

podía pasar. Me hubiera gustado que nuestra historia fuera diferente, pero... En el amor nadie manda. No puedo obligarte a quererme, solo quiero desearte que seas feliz y que resuelvas todos tus problemas con ella. Sé que te quiere; solo hay que mirarla a los ojos para darse cuenta de eso. Lucha por ella si de verdad es tu felicidad. —Me quedo sin palabras al escucharla. «¿Cómo voy a dejar escapar a esta mujer? ¿De verdad lo que siento por Estrella es tan fuerte?», pienso.

—Lo siento, Valeria, se me parte el alma. Eres una mujer extraordinaria; cualquiera hubiera puesto el grito en el cielo. Pero tú, al contrario, me echas en brazos de ella, porque de verdad crees que es mi felicidad, aun sabiendo que eso te partirá el alma. Eres muy especial. Me arrepentiré toda la vida por haberte dejado escapar.

—Alessandro, no tienes que preocuparte. Sé feliz. Te quiero, no puedo ser egoísta contigo. No voy a negarte que tengo el corazón destrozado y que, por un momento, me gustaría seguir luchando por ti y decirte que te quedas; pero sé que, tarde o temprano, te irás de mi lado. Me hubiera encantado que te enamoraras de mí, pero no ha podido ser. Solo espero que no sea un problema para el trabajo y que podamos seguir como siempre, aunque no sea fácil.

—Eres increíble. Ojalá las cosas pudieran ser diferentes.

—No te preocupes; todo pasará. Solo espero que consigas ser feliz. Tengo que irme, Alessandro. Lo necesito para no pegarme a tus brazos y para olvidarme de todo lo que te acabo de decir. —Sus ojos están hinchados, y sus lágrimas siguen saliendo sin control. Ha perdido la sonrisa que tanto la caracteriza, y solo puedo pensar que es culpa mía. Yo debería haber parado esto, y no lo hice. No soporto ver tanta tristeza en sus ojos.

—Te deseo lo mejor. Nos veremos cuando regrese.

—Quizás, yo necesite un poco más de tiempo. Trataré de enviarte todo lo relacionado con el trabajo por correo. Creo que yo también quiero un cambio de aires. Viajaré por un tiempo, creo que me vendrá bien.

—Si necesitas algo, por favor, no dudes en llamarme.

—Lo haré. Gracias por todo. —Me acerco a ella y la abrazo con todas mis fuerzas. Que lo nuestro no haya funcionado no quiere decir que yo no sienta un enorme cariño por ella. Es y será siempre una persona importante en mi vida. Solo deseo poder tener una amistad más adelante; sé que, en este momento, es imposible.

La veo marcharse y no puedo dejar de sentir pena. Hoy comienza un nuevo camino para mí. Solo espero que no sea demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido.

## Capítulo 14

De nuevo en España, con el corazón encogido y tratando de encontrar las palabras adecuadas para explicarle todo a Estrella. En las horas de vuelo, me ha dado tiempo a pensar en todas sus respuestas y en lo que podría pasar si ella decide darme una oportunidad.

Lo que comenzó como un sueño hace años puede que se convierta en realidad en tan solo unas horas.

Nadie sabe de mi regreso, excepto mi tía Ana. Ella ha sido mi aliada en esto; sin su ayuda, no podría quedar con Estrella.

Tengo el tiempo justo para llegar al hotel, ducharme y salir de nuevo. Dentro de unas horas mi vida cambiará para siempre, para bien o para mal.

Dos horas después estoy en uno de mis lugares favoritos: el templo de Debod. Este sitio marcó mi infancia y, también, mi adolescencia. Guardo muchos momentos especiales. Todavía recuerdo cuando corría detrás de Estrella, tan solo era una niña. Cada instante con esa mujer se convierte en sonrisas para mí.

Miro de nuevo el reloj y, al alzar la mirada, puedo ver cómo ella se dirige a donde estoy, aunque todavía no me ha visto. Mira hacia los lados buscando algo o a alguien. Supongo que mi tía Ana se habrá inventado una buena excusa para traerla hasta aquí.

Justo cuando está de espaldas, me acerco a ella por detrás y pongo mis brazos en sus caderas; ella se gira asustada, y nuestras miradas se encuentran.

—¿Alessandro?? ¿¿Qué haces tú aquí?? —pregunta desconcertada.

—He venido a resolver unos asuntos. ¿No te alegras de verme? —pregunto con una sonrisa pícaro.

—Yo...yo... Sí, claro que me alegro de verte —responde nerviosa. Acaricio sus mejillas suavemente, rozando con la punta de mis dedos la comisura de sus labios. Ella se altera; su respiración comienza a ser agitada, y sus ojos me dedican una mirada apasionada—. ¿De qué va todo esto, Alessandro? ¿Por qué has venido?

—Dejamos cosas pendientes. No puedo seguir con mi vida sin resolverlo.

—Entre nosotros todo está muy claro. No tiene sentido pensar en eso.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí —responde rápidamente.

—¿Qué sientes por mí? —Estrella me quita la mirada y comienza a ponerse nerviosa—. Necesito que me respondas con total sinceridad.

—Alessandro... —Acaricio su cara, de nuevo, y la miro con intensidad.

—Quiero saberlo, Estrella, por favor.

—Te quiero, Alessandro, más de lo que puedes imaginar, pero ya he entendido que no tiene sentido seguir pensando en lo que pudo ser. Tú tienes una nueva vida, y yo aprenderé a vivir sin ti.

—¿De verdad quieres vivir sin mí?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Quiero que seas feliz.

—¿Y sabes dónde está mi felicidad?

—Supongo que, en este momento, está en Italia —responde con tristeza.

—Estás muy equivocada. Mi felicidad está justo aquí, a mi lado. Mi felicidad eres tú, Estrella. Por eso estoy aquí. He venido para decirte que eres muy importante para mí. Lamento lo que te dije cuando viniste a Italia, no estuve muy acertado. Me sentía dolido; has vuelto a revivir lo que creía olvidado. Han sido meses muy duros sin ti y, cuando te vi de nuevo, mi mundo se vino abajo.

»Pensé que te olvidaría, pero estaba equivocado. Debí haber luchado por ti, no huir como lo hice. Tendría que haberte demostrado que lo nuestro podía funcionar.

»Llevo años esperando que me quieras. Ambos hemos perdido muchas cosas por no ser sinceros. Creo que ha llegado el momento de ser felices; ¿qué opinas? —Clava su mirada en mí y me sonrío. No dice nada, pero se acerca lentamente a mí, acaricia mi cara con sus dedos, y sus labios se unen con los míos en un beso tierno y dulce. Un beso sin prisas y cargado de amor. Yo pongo mis manos en sus caderas y la atraigo hacia mí, profundizo más el beso haciéndolo más apasionado. Cuando nuestras respiraciones se vuelven agitadas, ambos nos alejamos y nos dedicamos una tierna sonrisa.

—Parece que sí ha llegado el momento de ser felices, ¿no? —comenta ella con una sonrisa pícaro.

—Sí. Después de tantos años, parece que ya toca.

—¿Y qué vamos a hacer? No puedo irme a Italia. No puedo dejar mis estudios y el trabajo.

—No quiero que lo hagas. Nos esperan unos meses complicados. Yo no puedo dejar el proyecto tirado, y todavía me llevará un tiempo acabarlo; puede que, incluso, un año. Trataré de venir todo lo que pueda. ¿Podremos soportarlo?

—¿Y qué ocurre con...?

—No estoy con Valeria. Es gracias a ella que estoy aquí. —Estrella parece no entender lo que estoy diciendo—. Ella me ha hecho ver que mi felicidad está contigo.

—¿Ella te dijo que vengas a buscarme?

—Sí.

—¿Y ella está enamorada de ti?

—Sí, me lo ha demostrado. Cuando uno ama con el corazón, desea la felicidad de la otra persona.

—Pero... Sabía que te perdería.

—A veces es mejor eso que intentar retener a una persona y que jamás sea feliz.

—Lo siento.

—Parece que no estás contenta de que esté aquí.

—¿Por qué dices eso? No te esperaba. Estoy sorprendida, pero también muy feliz, Alessandro. He deseado esto durante mucho tiempo. Todavía creo que es un sueño. —Cojo sus manos y le dedico una tierna mirada.

—No es un sueño; esto, por fin, es una realidad. Estoy aquí, a tu lado, y no me iré nunca, a menos que me lo pidas.

—No lo hagas. Cuando tú estás a mi lado, soy feliz. —Nos unimos en un tierno abrazo. Me acerco a sus labios para fundirnos en un delicado beso. Nos separamos y me sonrío.

—¿Y esa sonrisa? —pregunto curioso.

—Estoy pensando en mis padres y en los tuyos cuando se enteren de todo esto.

—¿Qué crees que dirán?

—Estoy seguro de que serán muy felices con la noticia. No somos los únicos que hemos sufrido con todo esto.

—Lo sé. ¿Te parece que organicemos una cena para dar la noticia?

—Me parece perfecto.

La felicidad ha llegado a mi vida para quedarse. Después de muchos años, he conseguido hacer realidad un sueño, el más especial de todos. Ahora mi cielo vuelve a brillar porque ella está conmigo. Mi Estrella.

## Capítulo 15

Las horas con Estrella pasan demasiado rápido. Hemos estado recordando nuestros miles de momentos del pasado y pensando en el futuro.

Nuestra vida, durante unos meses, será complicada; pero ahora estoy seguro de que, gracias a lo que sentimos, todo será mucho más fácil.

Después de pasar todo el día juntos y de planear una cena con nuestras familias, decido volver al hotel. He acompañado a Estrella a casa. Me hubiera gustado estar esta noche con ella, pero quiero ir despacio y que todo sea especial, y sé que mañana será el día. Estrella se encargará de reunirlos a todos y de que nos sospechen que yo he vuelto. Estoy deseando que sepan que, por fin, hemos decidido estar juntos.

### *Estrella*

Solo hace unas horas que Alessandro ha regresado de Italia, y solo puedo decir que me siento feliz. Me parece mentira que, después de tantos años —y de saber que él creó una nueva vida con otra persona—, haya decidido venir a buscarme y darle una oportunidad a lo nuestro.

Cuando regresé de Italia, lo hice con la sensación de que él jamás volvería a mi lado y de que realmente había olvidado todo lo que sentía por mí. Por suerte, me equivoqué.

Solo puedo darle gracias a la vida por darnos una oportunidad.

Sé que no será fácil. Él tiene su trabajo allí y yo, por el momento, no puedo moverme de Madrid; pero estoy segura de que este amor que sentimos podrá con todas las dificultades.

Mañana lo haremos oficial. No puedo negar que estoy nerviosa por saber cómo reaccionarán nuestras familias. Creo que no se esperan algo así, y eso me produce un poco de incertidumbre. Solo deseo que ellos sean tan felices como los somos nosotros en este momento.

Por fin, la vida me sonrío, y no puedo ser más feliz.

Estrella está nerviosa, pero supongo que yo también. Solo quedan unos minutos para que todos aparezcan en el restaurante y para que les contemos toda la verdad.

Estoy seguro de que mis padres estarán encantados con la noticia, y lo que más miedo me da es la reacción de los padres de Ana. Nosotros siempre nos hemos criado como una familia aunque no lo seamos. Sé que mi tía Ana se lo tomará bien, pero mi tío... No sé qué opinará de todo esto.

El temido momento por fin llega y, cuando todos me ven aparecer, se sorprenden. Empiezan a

preguntarme si ha ocurrido algo. Trato de calmarlos; pero sé que, hasta que no contemos lo que de verdad ocurre, no se quedarán tranquilos.

Les pido que se sienten y, cuando lo hacen, me acerco a Estrella y cojo su mano. Todos se quedan boquiabiertos con el gesto; nosotros sonreímos, y yo comienzo a hablar.

—Supongo que estaréis sorprendidos por mi presencia. Lo primero que quiero es agradeceros que estéis aquí. Para Estrella y para mí, es muy importante que estéis aquí.

»No quiero enrollarme mucho más, así que solo os diré que he vuelto porque estoy locamente enamorado y porque no podía estar ni un minuto más sin esta mujer. —Clavo mi mirada en Estrella—. No podía perderla y, por suerte, ella me ha aceptado. Estamos muy felices, y espero que vosotros podáis compartir esa felicidad con nosotros.

»Hace muchos años que ambos estamos enamorados, pero lo único que hemos hecho es perder el tiempo. Ahora es nuestro momento y queremos compartirlo con vosotros. —Las manos de Estrella tiemblan. Yo aprieto fuerte su mano para tratar de tranquilizarla, pero eso solo sucede cuando sus padres nos dedican una tierna sonrisa y se pronuncian al respecto.

—Solo puedo darte las gracias por estar aquí, Alessandro, por hacer que mi hija vuelva a ser feliz. Así me siento yo al saber que, por fin, vuestro amor es una realidad —dice mi tía Ana. Se acercan a nosotros y nos abrazan.

Mi tío me dedica unas palabras al oído.

—Soy feliz sabiendo que eres tú el hombre que va a cuidar de mi hija. Hazla feliz, Alessandro.

—Gracias. Te prometo que lo haré.

—Estoy feliz por vosotros. Sabía que este día llegaría, confiaba en ello. Ahora es vuestro momento —me dice mi tía Ana mientras me abraza.

—Gracias por entenderlo y por no guardarme rencor después de todo lo que ha pasado.

—Solo estabas tratando de ser feliz. No se puede juzgar a nadie por eso, cariño. Cuídala; se lo merece.

—Lo haré, te lo prometo. —Lo digo con total sinceridad. Dejaré la vida por hacerla feliz. Después de los abrazos de ellos, llegan los de mis padres, que no pueden disimular su alegría.

Mi padre se acerca a mí y me dice:

—Estaba seguro de que elegirías el camino correcto. Vais a ser muy felices. Llevas sangre italiana; sabía que, tarde o temprano, lucharías por el amor. —Me despeina con la mano, eso que siempre ha hecho desde que tengo memoria.

—Tú siempre has sabido darme buenos consejos, papá. He aprendido mucho de ti.

—¿Cuándo pensabas contármelo?, ¿cuando te cases? —pregunta mi madre enfadada.

—¡Sofía! —la reprende mi padre.

—No, Marcos, este niño nunca aprenderá que estas cosas tiene que contárselas a su madre. ¡Me estoy haciendo mayor por tu culpa!

—¡Vamos, mamá! Todos aquí sabemos que estás estupenda. —Estallamos en carcajadas.

—Sabes que siempre te lo cuento, pero esta vez todo ha sucedido muy pronto. Llegué ayer y

quería que todo fuera una sorpresa. ¿Crees que podrás perdonarme?

—Claro, cariño. Solo lo hago por la felicidad que siento en este momento. No puedo creer que, después de tantos años, tu sueño se haya convertido en realidad.

—Yo tampoco, mamá, pero es real. Así lo siento.

—Al final la vida te indica el camino, mi amor; solo tienes que seguirlo. Pueden pasar muchos amores por tu vida, pero siempre hay uno que marca la diferencia. —Mi madre observa a mi padre con una tierna mirada; sé que habla también de él. Ellos tampoco lo tuvieron fácil, pero aquí están, veintidós años después y sintiendo el mismo amor que en el pasado. Todos, a nuestra manera, nos damos cuenta de qué es lo que nos hace felices y tratamos de luchar por ello—. ¿Volverás a Italia? —pregunta mi madre.

—Sí, tengo un compromiso con el trabajo. Todavía me quedan varios meses para eso. Espero que la distancia no estropee esto que estamos empezando a construir —añado preocupado.

—Si vuestro amor es de verdad, los kilómetros no serán ningún impedimento. Créeme.

—Espero que sea así. No me gustaría perderla de nuevo.

—Eso no sucederá, cariño. Es vuestro momento de ser felices.

Así lo creo yo también. El pasado ha quedado atrás, y ya solo queda pensar en el presente y en nuestro futuro.



## Capítulo 16

Saber que nuestras familias están felices por nuestra relación hace que yo también lo sea.

Tengo que volver a Italia en un par de días pero, antes de que eso suceda, quiero hacer algo especial para Estrella. Apenas hemos tenido tiempo para estar solos, y todavía me quedan muchas cosas por decirle.

He reservado una cena y una habitación en el hotel Puerta América. En este momento, parezco un chico que está a punto de perder la virginidad con la chica que le gusta, y lo cierto es que la situación es muy parecida.

Durante todo el día preparo lo que será nuestra primera noche y, a eso de las nueve, recojo a Estrella en su casa.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —Ella me responde con su bonita sonrisa, se acerca a mí y me da un dulce beso en los labios.

—Hola, cariño, he estado un poco liada. Me ha extrañado que no me llames. ¿Está todo bien?

—Sí, solo tenía unas cosas que hacer.

—¿Y a dónde vamos? —pregunta intrigada.

—Es una sorpresa, pero estoy convencido que te encantará.

—¿No vas a decirme nada?

—No, tendrás que esperar un poco. —Tuerce la boca, pero no vuelve a preguntar nada.

Quince minutos más tarde, estamos saliendo del coche.

—Esto es... precioso, Alessandro.

—Lo sé. Quería que estuviéramos los dos solos.

—Es perfecto, amor. La verdad es que no hemos tenido mucho tiempo para estar juntos.

—Hoy la noche es nuestra. —Me acerco a ella, agarro sus caderas y me pierdo entre sus labios. El beso, poco a poco, va subiendo de intensidad, y yo comienzo a sentir calor en mi cuerpo. Ella acaricia mi cuello, y eso hace que las cosas se compliquen. Mi entrepierna está a punto de explotar, y tengo que parar.

—Nena, si sigues besándome así, no voy a ser capaz de parar.

—¿No podemos saltarnos la cena? —pregunta con sensualidad.

—¡Venga, vamos! Haces que pierda el control. Sí seguimos aquí, te aseguro que cenar no estará

entre mis planes. —Cojo su mano y entramos en el restaurante.

Cuando pedimos y ya hemos saboreado el vino de nuestras copas, me atrevo a hablar.

—Nena, estamos aquí porque quiero hacer de esta noche algo especial. Desde que llegué, apenas hemos tenido tiempo para estar solos.

»Tengo que decirte que contigo guardo los mejores recuerdos de mi vida, y quiero que eso siga así.

»No sé en qué momento me he enamorado de ti, pero te aseguro que eso ha sucedido hace mucho tiempo.

»Me fui para tratar de olvidarte, y mírame, de nuevo de vuelta, a tu lado. Nunca he imaginado que tú pudieras sentir lo mismo que yo. Solo quiero decirte que voy a tratar de que las cosas entre nosotros nunca se rompan, de que formemos una vida juntos, de que no volvamos a perder más tiempo.

»No quiero separarme de ti. Nos esperan meses difíciles, pero confío en que lo que sentimos el uno por el otro será suficiente para superar los obstáculos. Trataré, por todos los medios, de estar el menor tiempo posible alejados, aunque no puedo prometerte nada.

»No quiero que tengas dudas; estoy muy seguro de lo que siento por ti. Ahora sé que lo nuestro va a funcionar. —Ella no ha dejado de mirarme desde que he comenzado a hablar, y ahora me dedica una tierna sonrisa.

—Yo no dudo de tus sentimientos. Me lo demuestras con tus miradas, con tus sonrisas, con tu forma de besarme... Soy demasiado feliz a tu lado, Alessandro. No te dejaría escapar de nuevo, te lo aseguro.

»Tendremos que convivir con la distancia. Yo puedo ir a verte algún fin de semana, y tú también podrás hacerlo. Estoy segura de que, entre los dos, lograremos que las cosas vayan bien. —La sonrisa aparece de nuevo en su rostro.

Ella siempre ha sido una persona extraordinaria, capaz de ver la parte buena de todo, y siempre ha sabido enfrentar los problemas.

Cuando terminamos de cenar, subimos a la habitación, abrimos una botella de champán y miramos las vistas de todo Madrid abrazados. Dejo las copas encima de la mesa y me acerco despacio a su boca, acaricio su cara suavemente y deslizo mis dedos por sus hombros para deshacerme del tirante de su vestido; mientras, con mis labios, recorro su cuello, bajando por su clavícula, hasta llegar a su escote, donde me detengo por un momento. Desabrocho su vestido y me quedo hipnotizado, por unos segundos, mirando su cuerpo.

Ella tampoco pierde el tiempo. Con rapidez quita cada uno de los botones de mi camisa y deja desnudo mi torso. Baja hacia mi cintura y desabrocha el botón de mi pantalón, mientras que devora mi boca con sus besos. Me quito los pantalones, y la tumbo en la cama con delicadeza. Recorro con besos todo su cuerpo hasta llegar a su sexo, donde me detengo y enloquezco cada vez

que ella se excita con uno de mis movimientos.

Vuelvo de nuevo a su boca para besarla. Me deshago de mi calzoncillo y la penetro suavemente. Es ella la que me pide que aumente el ritmo. Entrelaza sus piernas y, aunque trato de no perder el control tan pronto, no lo consigo.

Ambos caemos exhaustos. La acurruco entre mis brazos y beso su frente.

—Te quiero, Alessandro, más de lo que puedas imaginarte.

—Yo también, mi amor. He esperado mucho para que suceda esto. Todavía pienso que todo es un sueño.

—No lo es. Estoy aquí, a tu lado, y no pienso irme. No lo haré aunque tú me lo pidas.

—Jamás te pediré eso. No quiero separarme de ti.

He llevado tantos años esperando esto: tenerla cerca, poder besarla y abrazarla, sentir nuestros cuerpos como uno... Hoy es el día más feliz de mi vida. Uno de los más especiales, sin duda.

Ella siempre ha sido la Estrella que ha iluminado mi camino, la que ha logrado que mi vida tenga otro sentido a su lado. Ella es la única mujer que me ha hecho sentir el verdadero amor.

Si esto es un sueño, por favor, que nadie me despierte.

## Capítulo 17

Hace más de seis meses que ha comenzado mi historia con Estrella, y solo puedo decir que soy el hombre más feliz del mundo. La única pega es que no puedo tenerla cerca de mí ni despertar todos los días a su lado, pero esto va a cambiar. Tengo una gran sorpresa para ella.

Mi trabajo en Italia ha acabado. Solo tendré que venir una vez al mes para supervisar algunas cosas, pero puedo volver a Madrid.

No he querido decirle nada a ella porque quiero darle una sorpresa. Y no solo vuelvo a casa, tengo algo mucho más importante que decirle y que llevo meses preparando.

Hoy cojo un avión para reencontrarme con ella. Piensa que solo estaré un par de días, como siempre, pero creo que mi noticia la va a hacer muy feliz.

*Ya en Madrid...*

—¡Mi amor! ¡Qué alegría verte! ¡Cuánto te he echado de menos! —Se tira a mis brazos con efusividad.

—Yo también te he echado de menos, mi vida. Pero ya estoy aquí, de nuevo, contigo. ¿Quieres que salgamos a cenar?

—Lo cierto es que... quiero estar contigo, besarte, abrazarte... Lo de cenar, en este momento, me parece secundario. —No puedo evitar reírme ante su comentario.

—Yo tampoco tengo hambre. —Me acerco a ella y comienzo a besarla. Ambos nos deshacemos de nuestra ropa.

Hacemos el amor con pausa, deleitándonos con cada caricia, con cada beso. Quiero acostumbrarme a esto: a tenerla cerca a cada instante y poder besarla, a hacer el amor con ella siempre.

El cansancio hace que ambos nos quedemos dormidos hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, Estrella no está en la habitación. Me levanto y la veo en la cocina, con mi camisa puesta, y tarareando una canción. Me quedo embobado mirando la imagen. Está preciosa. Es realmente impresionante cuando está feliz y relajada.

Pronto descubre que estoy en el umbral de la puerta.

—¿Qué haces ahí? ¿Me observas?

—Me encanta mirarte. Te levantas preciosa por la mañana.

—¡Tonto! —Me acerco a ella, la abrazo por detrás y besó, también, su cuello con ternura.

—¡Cuánto amor por la mañana! Me encanta despertarme a tu lado —me dice mientras rodea mi cuello con sus brazos.

—Tengo algo que decirte, princesa.

—Dime.

—Espera; tengo que ir a por una cosa. —Voy a mi maleta y cojo una cajita que tenía guardada en el bolsillo. Rio al verla de nuevo. Estoy seguro de que le encantará—. Ya estoy aquí. Quiero decirte que lo que hay en esta caja es muy importante para mí, y espero que también lo sea para ti.

—Amor, me estás poniendo nerviosa. ¿Quieres dármelo ya? —Le tiendo la caja y sonrío; ella también lo hace. Me costó mucho encontrarla, pero al fin pude conseguirla. Es una Estrella tallada en madera. Cuando la abre, me mira, saca unas llaves y me pregunta:

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que quiero empezar una nueva vida contigo. Que seas lo primero que veo al despertar y lo último cuando me voy a dormir. Es el comienzo de nuestra nueva vida. Este apartamento se ha quedado pequeño. Dentro de unos años, quiero muchas Estrellas y muchos Alessandros corriendo por casa.

—¿Y a dónde nos vamos?

—Llevo meses preparando una casa que sé que te encantará. Cuando la encontré, le faltaban muchas cosas, pero por fin está terminada.

—¿Por eso tanta pregunta relacionada con la decoración? —pregunta ella con entusiasmo.

—¡Claro! De alguna manera tenía que descubrir qué era lo que te gustaba.

—¡Estás loco!

—Sí, pero por ti. Tengo otra noticia.

—¿Más?

—Esta te hará muy feliz; estoy seguro.

—¡Suéltalo ya!

—Me quedo definitivamente en Madrid. He terminado el proyecto y solo tendré que viajar una vez al mes.

—¿¿Qué?? ¿¿Lo dices de verdad??

—¡Por supuesto! —Ella comienza a llorar, y yo me quedo paralizado. Creí que la noticia la haría feliz, pero parece que me equivoqué—. Mi amor, no imaginaba que esta iba a ser tu reacción.

—Lo siento, cariño, es que... estoy muy feliz. Llora de emoción. He pasado unos meses horribles por la distancia, y saber que ahora vas a quedarte... ¡estoy feliz! —Se acerca y me besa—. Gracias, mi vida, soy muy feliz. Deseaba con todas mis fuerzas que llegara este momento.

—Gracias a ti por hacerme sentir esto tan bonito, por descubrirme el amor. Gracias por hacer

realidad un sueño de niño.

—Gracias a ti, mi amor, por no rendirte y por volver a buscarme. Estoy muy enamorada de ti, mi dulce italiano.

—Te quiero. Estoy deseando que vivamos juntos y no nos separaremos jamás. Tú eres mi Estrella.

—Y tú, el hombre al que amaré toda la vida.

## Epílogo

**H**an pasado varios años, y todavía sigo recordando mi infancia. Los momentos que viví en esta casa, el amor de mis padres, el cariño de mis hermanas, la amistad tan grande que se ha formado con mi tía Ana y, cómo no, mi Estrella.

Parece que fue ayer cuando corría detrás de ella y la protegía de todos en el colegio. Años más tarde, nos convertimos en confidentes, en los mejores amigos, y con ello llegó el amor. Ninguno de los dos supo cuándo; lo único que sabemos es que, por miedo a perdernos, nunca hemos dicho nada.

A veces, me da por pensar lo que hubiera sucedido si ese día yo no hubiera decidido hablar y hubiera optado por marcharme. Probablemente hubiéramos seguido sufriendo en silencio.

Ahora las cosas son distintas. Llevamos cinco años casados y tenemos tres niños preciosos: Hanna, Alba y Marcos. Mis hijos, fruto del amor más puro de todos.

Hanna llegó a nuestras vidas por sorpresa, un año después de empezar lo nuestro. Puso todo patas arriba, pero al final lo agradecemos. Aprendimos la dificultad de ser padres, de trabajar y de educar a alguien tan pequeño. Parece que la experiencia nos ha gustado mucho y, dos años después, nació Alba, una niña rebelde que trae de cabeza a toda la familia desde que llegó. Eso sí: con un corazón de oro. Nos tiene ganados.

Hace apenas unos días, nació Marcos, el niño más especial del mundo. Siempre he querido tener un niño y, aunque mi madre me haya dicho que con dos ya tengo bastante, he querido probar suerte de nuevo.

Él no se llama Marcos por casualidad; quise ponerle ese nombre en honor a mi padre y porque nació en un día que, desde que soy pequeño, ha sido muy especial para todos.

De nuevo es 05/05. Creo que mi hijo no nació en ese día por casualidad. La historia de mis padres siempre ha marcado mi vida, y también lo hará la de Marcos. Solo tendremos que esperar para averiguarlo.

Estrella sigue tan preciosa como siempre, y juntos hemos creado una bonita familia. A veces, la rutina del día a día nos supera, pero teniéndonos al lado cualquier problema se vuelve insignificante.

Yo sigo trabajando en el extranjero y viajando a Italia cada vez que puedo. Supongo que os preguntareis qué ocurrió con Valeria, así que os lo contaré.

Después de que terminamos nuestra relación, ella puso tierra de por medio durante varios meses. No quería tenerme cerca, y yo lo entendí. Ella siempre ha sido una persona leal y honesta conmigo; no tengo nada que reprocharle. Supe por su padre que estuvo muy triste los primeros meses, pero al final todo pasó.

Hace un año, por casualidad, me encontré con ella en Roma. Yo viajaba con Estrella y ella, con su marido. ¡Sí! Ella se casó y, hasta donde sé, está a punto de ser mamá por primera vez. Se alegró mucho al verme, y yo también.

Después de todo, estuvimos juntos, y fue un pilar muy importante en esos meses. Gracias a ella, hoy tengo a mi lado a mi mujer y a mis hijos. Ha sido una mujer valiente que olvidó por un momento sus sentimientos para darle más importancia a los míos. Solo puedo sentirme feliz por ella.

Y eso es todo. Mi vida ha empezado y acabado así: enamorado de una única persona y siendo feliz a su lado. Un sueño hecho realidad.

Aquí acaba todo, o no; quizás alguien tenga algo más que contar. Vuelvo a mi día. Hoy celebramos de nuevo el 05/05; con el nacimiento de Marcos, no pudimos hacerlo. A partir de ahora, será doble celebración.

Por cierto, se me olvidaba. Soy muy feliz, he luchado por lo que más quiero y lo he conseguido. No dejéis de hacerlo nunca. Hasta lo imposible puede hacerse realidad.



## Agradecimientos

Quiero agradecer a Lola de nuevo por la oportunidad y por las ganas que le pone a todo.

Este libro empezó hace muchos años como una idea y se quedó en un cajón. Gracias a Joaky, que ha sido siempre ese talismán que nunca falla y que me acompaña, ese sueño de libreta se ha hecho realidad.

Gracias por insistir en que Alessandro tuviera su historia. Gracias a ti, esto ha sido posible.

También quiero agradecer a cada una de las personas que están en mi vida, que me apoyan para que siga escribiendo y que entienden que muchas veces les he quitado tiempo para seguir soñando con esto.

Gracias a mis chicas de Facebook que acompañan mis días. A cada una de vosotras os debo mucho. También a mis compañeras de editorial; son especiales y maravillosas.

Por último, a cada una de las personas que deciden darme una oportunidad y leerme.

Eternamente agradecida.

Si te ha gustado

*Mi dulce estrella*

te recomendamos comenzar a leer

*Después de Gretna*

de *Nadia Petru*



Capítulo 1

—Adiós, señorita Prine. Tenga un buen fin de semana.

—Tú también, Gordon. Y cuida de esa rodilla —respondió Jill al portero del edificio donde estaba el bufete de abogados para el que trabajaba.

—Lo haré, señorita Prine. La edad no viene sola y algo me dice que no me estoy haciendo más joven.

—Imposible discutir una verdad tan cierta —contestó mientras atravesaba las puertas y el aire fresco de Back Bay le abofeteaba las mejillas.

Jill Prine trabajaba en Arn, Logf & asociados, una firma de abogados que estaba posicionada entre las mejores de la ciudad y que todos los años buscaba su lugar dentro de la lista AmLaw 100, a veces incluso lo conseguía. También era considerada una de las mejores firmas de asesoría legal corporativa. Pero no se dedicaban solo a grandes empresas y compañías. También hacían impuestos, propiedad intelectual, litigios deportivos de alto perfil mediático y divorcios escandalosos, tanto por las cifras como por los involucrados. En fin, Arn, Logf & asociados era un bufete de abogados multifacético, que no le tenía miedo a la pelea en la corte. La firma tenía como política ser agresiva y se jactaba de ir hasta el hueso, eran famosos por ello. Cuando un cliente acudía a ellos, lo hacía con la plena convicción de que no dudarían en utilizar todo el arsenal legal disponible para cumplir el objetivo. Les gustaba ganar y cobraban buen dinero por ello. Jill era solo un peón, tal vez peón y medio, en el circo de Arn, Logf & asociados. Luego de graduarse de la Escuela de Leyes de Boston hacía unos años, había ingresado como pasante y esperaba convertirse en socia en algún futuro cercano.

El edificio donde se encontraban las oficinas de la firma estaba en el Back Bay, un barrio caro de Boston, a pasos de la zona céntrica. A unas cuadras, sobre la misma calle, se encontraba el Parque de la Comunidad de Boston, el preferido de Jill. Tomó en aquella dirección en lugar de tomar la línea roja del subte para regresar a su apartamento. Había sido una semana infernal. Tanto en lo personal como en lo laboral. «Por fin viernes», pensó con alivio mientras caminaba en dirección al parque y sentía el peso de la semana a cada paso que daba. Paseó un rato por las callejuelas internas del jardín hasta llegar al corazón del parque: un lago emplazado en el núcleo, donde un grupo de niños alimentaba a los patos y gansos y a algunos cisnes de cuello elegante que estaban en el agua. Al otro lado del estanque, bajo la sombra de unos sauces llorones se celebraba una boda. Las bodas picaban la curiosidad de Jill; siendo abogada especialista en divorcios, era inevitable que se preguntara cuánto duraría la felicidad de aquella pareja. Los observó atentamente. Dada la distancia a la que se encontraba era incapaz de distinguir el brillo en sus miradas o determinar el lenguaje corporal de uno u otro, pero nada le impedía a la imaginación de Jill volar. Allí, mientras ellos se juraban amor eterno en la orilla opuesta, estaba ella haciendo apuestas consigo misma para ver cuánto duraría aquella parejita enamorada.

Lamentablemente, a sus veintinueve años, sabía que el amor tenía fecha de vencimiento. Siempre. Más tarde o más temprano, de una forma u otra, todo ese amor eterno que en un momento

se juraron se transformaba en otra cosa mucho más fea y dañina. Justamente, era eso lo que más llamaba su atención y cada vez que recibía un caso nuevo se preguntaba cómo una pareja que durante cierto período de tiempo se llevó tan bien como para casarse, tener hijos y compartir un hogar llegaba al extremo de no ponerse de acuerdo en algo tan básico y simple como las visitas de sus propios hijos o quién se quedaba con qué cosa. Pero lo peor del caso era cuando una de las partes seguía amando y la otra, no. Porque allí metían la cola la saña y el resentimiento. La parte que no quería separarse hacía hasta lo imposible para hacerle la vida un infierno a la parte que sí quería divorciarse. «Tres años y un hijo en común es lo máximo que les doy», pensó desanimada.

Se levantó del césped, ya no le interesaba más jugar apuestas imaginarias sobre posibles fracasos amorosos ajenos. Tenía asuntos propios reales sobre los que hacerse problema. Les deseaba lo mejor, en serio. «Les deseo el mejor de los divorcios. Eso quiere decir que ambas partes se pongan de acuerdo en todo y no hagan una guerra de algo tan simple como una separación. Eso solo arruina a los involucrados y llena el bolsillo de los abogados; créanme, sé de lo que hablo».

Jill sabía que debía volver a casa y, a pesar de estar exhausta, no quería enfrentarse a lo que allí encontraría. Decidió continuar caminando en lugar de coger el metro. No conforme con ese ejercicio físico y mental, tomó el camino más largo. En realidad, se desvió varias cuadras hacia el extremo opuesto de South Boston, el barrio donde vivía. Era que, cuando necesitaba hacer introspección, le encantaba caminar. Algunas personas encontraban sus momentos arriba del auto, lo de Jill era la caminata. Armaba una lista de canciones acorde a su estado de ánimo, que no necesariamente tenía que ser nefasto —como era el caso—, se calzaba los auriculares y escapaba del mundo cotidiano para enfrentarse a uno peor, el suyo propio. Era difícil enfrentarse a uno mismo, pero de vez en cuando había que hacerlo. En realidad, la vida te obliga a enfrentarte a ti mismo de tanto en tanto. Desanduvo el camino recorrido y volvió al Back Bay. Paseó por las calles bordeadas de árboles de magnolias de Soulange. En primavera, se organizaban recorridos por los jardines, calles y parques de la ciudad para admirar las distintas floraciones y aromas.

A Jill le encantaba Boston. La ciudad era espléndida en toda su amplitud. Era un lugar en el que, increíblemente, se conjugaban la modernidad y el tradicionalismo en perfecta armonía. Ella siempre fue de la opinión de que Boston no había perdido ni un ápice de su personalidad a pesar del paso del tiempo y de la incorporación de las distintas corrientes arquitectónicas. Allí se mezclaban todos los estilos y le gustaba pensar en ella como una damisela que había tenido muchos pretendientes y, como no se había decidido por ninguno, había tomado lo que más le gustaba de cada uno y armado el candidato ideal, por no decir perfecto. Allí coincidían la arquitectura brutalista, la victoriana, el clásico académico, el neocolonial británico y muchas más. Siempre en las dosis correctas.

Boston era toda linda, pero tenía sus preferencias, como el barrio Beacon Hill, con su hilera interminable de casitas de ladrillo y las banderas norteamericanas en las fachadas, o el barrio por el que estaba caminando, donde las tiendas de lujo se mezclaban entre las típicas casas

victorianas. Cada vez que caminaba por allí su mente navegaba por mares imposibles de conquistar. «Ya quisiera yo vivir en una casa con jardín muy prolijamente cuidado, sobre la calle Marlborough. Quizá lo consigas en otra vida, muchacha», pensó resignada, pero sin dejar ir la cuestión del todo. «Y tampoco ni aunque trabajara tres vidas. Tal vez si me tocara reencarnar en la nieta de Jeff Bezos o en la heredera de alguna monarquía, podría. Porque en esta vida una casa en este barrio y sobre esta avenida es imposible para ti, Jill Prine, así de simple. Enfréntalo», se regañó. Jill era una mujer de metas y eternas listas; y aun si lograra cumplir con todas sus metas laborales a corto y mediano plazo, no arañaría ni siquiera para el depósito inicial necesario para una propiedad como aquellas. Continuó andando y sonrió ante el recuerdo que asaltó su mente. Una vez, hacía varios años, concertó una cita con un agente de bienes raíces líder en la zona solo para curiosear el interior de esos hogares. Era un señor maduro, con edad suficiente para el retiro y sobrada experiencia en el rubro. Él enseguida –digamos que a los cinco segundos de conocerla– se dio cuenta de que no aplicaba como cliente en su cartera. Sin embargo, y Jill le daba crédito por ello, le siguió la corriente. Siempre se preguntó el porqué. Tal vez le había recordado a alguien o a él mismo en sus inicios. Fuera cual fuera la razón, algo sonó en el interior del experimentado agente de bienes raíces, porque no solo le mostró el apartamento por el que lo había citado, sino que añadió al recorrido un par de hogares más que ni se había atrevido a mirar por la cantidad de ceros que figuraban en las cifras. Ese tipo de casas no le gustaban por el valor económico que tenían, sino que eran como una especie de trofeo. A los hombres se les perdonaban las esposas trofeos; a las profesionales exitosas, los apartamentos y casas costosas, ¿cierto? Sin embargo, como certeramente Jill señaló antes, en su caso particular solo eran posibles con la ayuda económica de alguna generación anterior.

A fin de cuentas, todo se resumía en que a Jill le encantaba Boston. No había crecido allí, pero la ciudad latía en su piel. En ella había madurado y se estaba convirtiendo, a fuerza de muchísimo esfuerzo, en la mujer que quería ser. Jill Prine nació y se crio en una pequeña ciudad de Georgia. «Uhh, la conservadora Georgia, que no estaba lista para nosotras», dijo y un estremecimiento recorrió el largo de su espina dorsal. El pueblo en donde pasó la infancia y la adolescencia tenía raíces opresivamente conservadoras, hasta el punto en que hacía casi un siglo que no votaba a un demócrata. Y ella, en cambio, no había votado a un republicano en toda su vida adulta. Jill creía que hasta era considerado pecado siquiera pensar en uno. Los georgianos eran gente sencilla y directa a la que no le gustaban los problemas. Ahí era donde ellas –Jill, su hermana, Suellen, y su madre, Joanne– habían fallado. La vida familiar y la religión eran pilares fundamentales en una sociedad tan tradicionalista como esa a la que pertenecían. Ella y su hermana lo habían aprendido desde bebés; al igual que su madre, que había nacido en la zona rural del estado. En cambio, Arthur, su padre, al no ser un georgiano de pura cepa, no llegó a comprenderlo nunca. Las abandonó y formó una nueva familia. No hubiera sido tan grave si su madre hubiera logrado superar el abandono seguido de divorcio.

Jill paseó por las calles de los barrios que más le gustaban. Cada tanto se paraba en algún

escaparate con ganas de fundir su tarjeta de crédito. Le gustaban las cosas bonitas y sentirse atractiva. Jill tuvo que pasar por muchas limitaciones y necesidades hasta que pudo comprarse cosas sin mirar el precio. Ella decía que eran caprichos, sin embargo, era algo más complejo que un capricho. Le encantaba sentir la seguridad de poder hacerlo y que ello no significara atrasarse con la renta o con la cuota del préstamo estudiantil. Era una lástima que no hubiera nada que le gustara realmente o, bien, lo que le encantaba escapaba ampliamente del crédito disponible en su cuenta bancaria. Vamos, que estaba asentada, pero no nadaba en dinero. Durante la siguiente media hora, vagabundó durante un rato más; se estaba haciendo tarde y el tránsito de la hora pico remitía abruptamente. De pronto, alzó la vista y se encontró con que estaba frente a la boca del subte que la llevaba a casa. Jill se sintió como un perro que volvía a su casa guiándose solo con el olfato. Para su asombro, tenía ganas de postergar indefinidamente el reencuentro con David, su novio; sin embargo, ya era hora de enfrentar la realidad y los problemas. Suspiró, tomó coraje y descendió las escalinatas de la línea roja del metro. Se bajó en la estación de Broadway, que se encontraba a pasos del bloque de edificios donde vivía. South Boston, otrora una zona desprestigiada, con el *boom* de los condominios y urbanizaciones nuevas era la zona *cool* de los jóvenes profesionales, como ella y David. Jill era asidua cliente de varias de las tiendas que vendían productos orgánicos y algunos de los restaurantes *gourmet* que habían copado la zona.

El piso que compartía con David estaba en un edificio que anteriormente había sido una fábrica. La renta no era baja, pero se las arreglaban bien con dos ingresos. El apartamento era el típico de ese estilo, es decir, paredes de ladrillo sólido, techos y pisos de madera antigua con tuberías que cruzaban el largo y ancho. Los pisos eran lo que más le gustaba a Jill. Eran de madera restaurada de la fábrica que antes funcionaba allí. Jill entró al apartamento y arrojó el abrigo en la butaca que estaba a un costado de la puerta de entrada y fue directa a la cocina a beber un vaso de agua. El concepto industrial de su apartamento era abierto, así que no había paredes, salvo las del dormitorio y el baño. Las cortinas estaban a medio cerrar y las luces apagadas. El resplandor suave de las luces de la calle iluminaba la estancia. El lugar estaba en penumbras y habría pensado que David no había llegado aún si no hubiera oído el murmullo del televisor. Jugaban los Red Sox y su, por el momento, novio era fanático de ellos. Una lástima que lo tuviera que interrumpir, pero tenían cosas que solucionar. Hacía una semana que no se veían porque David había viajado por trabajo; al menos, esa fue la excusa que le dio. La verdad era otra.

—Has regresado. Tenemos que hablar ¿Puedes venir a la sala un minuto? —dijo Jill apoyada en la jamba de la puerta del dormitorio, donde David estaba acostado mirando el partido de béisbol.

La fosforescencia del televisor le daba un aspecto tenebroso al rostro de él. Aunque no estaba pálido, así que era evidente que había hecho buen uso de la piscina del hotel. David desvió por solo un instante la vista del televisor para luego volver la atención al partido.

—Hola, cariño, iré cuando termine el partido. Los Soxs la estamos pasando mal aquí.

—Lo lamento, David, lo que tengo que decirte no puede esperar —replicó ella, que dio la vuelta y se marchó a esperarlo.

Se sentó en el sillón que ocupaba gran parte de la sala. Ella lo había elegido, como a la mayoría de los muebles que había en las habitaciones. Era un sillón en L, sumamente cómodo, con una mesita baja que servía únicamente como decoración, ya que Jill no permitía que apoyaran las tazas, copas o vasos para no mancharla. Demasiado esfuerzo hacía para no gruñir cuando alguien se sentaba en el sillón sin el cuidado que la tela requería. Tenía una especie de protocolo para todos los que visitaban o vivían en su apartamento. Como primera medida, hacía que se quitaran los zapatos. La tapicería del sillón y de las sillas era de tono pastel, así como la alfombra del dormitorio. Solo se podían apoyar vasos y copas en la mesa del comedor —que tenía una cubierta de vidrio— y sobre las mesadas de la cocina. Estaba totalmente prohibido el ingreso al dormitorio de cualquier clase de alimento o bebida; en la cocina no se podían cocinar alimentos fritos o comidas que despidieran mucho olor. Y en el baño no se podía dejar la ropa sucia por más de cinco minutos después de terminada la ducha. No había colgado carteles como en las tiendas, pero tuvo que admitir que pensó en hacerlo. Ella era así, no era una maniática ni tampoco tenía un TOC; por lo menos, no uno muy marcado. Simplemente, le gustaban el orden y la limpieza.

Miró a su alrededor para comprobarlo. Su hogar estaba exquisitamente decorado y ordenado, así como ella se lo había imaginado la primera vez que fue a ver el apartamento. Había un cuadro minimalista de colores fuertes colgado sobre el respaldo del sillón, que cortaba los tonos claros. Algunos almohadones del mismo color del cuadro, aquí y allí, servían al mismo propósito. La mesa era de madera maciza, pero las sillas eran de acrílico transparente. Una mesa de arrime estilo Luis XV, también de acrílico transparente, se situaba entre las dos ventanas tipo guillotina que había en la pared. Jill contempló el reloj, habían pasado varios minutos y David no había aparecido. Ya se estaba impacientando. Se sentía un tanto culpable por las prisas que le metía a David para hablar cuando ella se había tomado todo el tiempo del mundo para hacerlo. «Una lástima, que le den», pensó irritada.

—David, ¿te tomará mucho más tiempo caminar unos cuantos pasos para hablar conmigo? —le preguntó impaciente.

—Jill, ¿no puede esperar? Los Soxs están dejando todo por dar vuelta la serie. Además, estoy muy cansado del viaje. Por cierto, busca en mi maleta, que te traje un regalo.

—Imbécil —masculló Jill por lo bajo y se fue a buscarlo—. Si piensas que hablar de tu escapada amorosa con tu compañerita de la oficina puede esperar, pues bien, quédate mirando el partido de los Red Sox. Pero yo me marchó. Incluso ya tengo preparado el bolso —dijo con fingida tranquilidad y atravesó el dormitorio hasta el vestidor, donde había dejado el bolso que tenía preparado desde hacía varios días.

—Espera... Jill... Qué demonios... —suplicó David. Con las prisas por seguirla, se cayó de la cama al piso en cuatro patas. Luego de varios intentos, logró coordinar los movimientos y la alcanzó en el vestidor. No había espacio para ambos dentro del pequeño espacio, así que él se quedó en la puerta bloqueando la salida.

—Muévete —exigió Jill y David, obedientemente, se hizo a un lado para luego seguirla hasta el

baño.

—Jill, no es verdad. Estaba en un congreso de negocios, no me fui con nadie.

—Por todos los santos, David. No te atrevas a mentirme. Eso sí que me enfurece —dijo mientras colocaba su cepillo de dientes en una bolsa Ziploc.

—Cariño...

—No, no te atrevas...—interrumpió Jill y colocó el cepillo de cabellos en otra bolsa Ziploc—. David, no me llames cariño. Me irrita.

David se pasó ambas manos por el rostro. Guardó silencio mientras Jill metía sus productos de tocador prolijamente en distintas bolsas para luego guardarlos en su bolso de viaje.

—¿Qué pensabas que ocurriría entre nosotros, Jill? Si hace meses que estamos mal —preguntó David exasperado siguiéndola hasta la cocina.

—No te entiendo, explícate. ¿Tú tienes una amante y la culpa es mía? Si tan mal estábamos como pareja, podrías haber dicho o hecho algo al respecto, no follarte a tu subordinada; lo que, de paso, es una infracción al código de comportamiento que estoy segura de que tiene la empresa en donde trabajas.

—¿Eso es lo que más te preocupa de todo esto? ¿El código de comportamiento de la empresa? Diablos, Jill, esto es peor de lo que pensaba. Bien, ¿quieres la verdad? Lo reconozco, lo hice. Me fui con Holly, que no paraba de tirarme los tejos, y lo pasé de maravillas.

—Eres un imbécil.

—Sí, lo soy. Pero mil veces intenté hablar contigo y hacer cosas para que nuestra relación funcione. Pero tú siempre encontrabas otras cosas más importantes que nosotros. Primero fueron los estudios, luego el ingreso a esa bendita firma de abogados, luego los ascensos, luego, luego y más luego. Siempre había un luego —recriminó David.

Jill se quedó callada, asimilando lo que David le decía. Se habían conocido en el tercer año de la universidad. Él era el compañero de cuarto de Alex, que por entonces era el ligue de Livie, su mejor amiga. Empezaron a salir los cuatro; al cabo de unos meses la relación de Livie y Alex se enfrió, pero la de ellos continuó viento en popa. Jill lo adoraba. David era de lo más divertido y, a pesar de la canallada que se mandó, seguía considerándolo un buen tipo. Pero tenía razón, habían crecido juntos hasta cierto punto y luego, muy lentamente, sus caminos se habían separado. No fue algo que sucedió de la noche a la mañana, más bien había sucedido como el síndrome de la rana hervida. El cambio fue tan lento, aunque consistente, que ninguno de los dos lo percibió antes de que fuera demasiado tarde para ambos y el daño, irreparable. Si ella tuviera que ponerse a pensar en un punto exacto donde la relación se quebró, le sería imposible encontrarlo porque no existía ese motivo puntual. Bueno, excepto el hecho de que David se follara a su colega.

—Jill... Jill, ¿me oyes? —dijo David y chasqueó los dedos para captar su atención—. Pareces en otro mundo. ¿Tan poco te interesa esto?

—Por favor, David. Te recuerdo que fuiste tú quien se folló a otra. Aquí la que tiene que estar dolida soy yo; no tú.



—Sabes tan bien como yo que lo nuestro está acabado desde hace rato. Y no es por echar culpas, pero tú no te interesas en la relación.

—Pensé que a estas alturas habías perdido la capacidad de sorprenderme, pero tu desfachatez me asombra.

—Jill, es la verdad. Piensa en cómo me siento yo del otro lado. ¿No crees que hieres mis sentimientos con tus actitudes o, mejor dicho, con tu falta de actitudes?

—No te atrevas a victimizarte —le dijo al tiempo que le clavaba el dedo índice en el pecho.

—Me siento una mierda al lado tuyo, Jill. Tú tienes una vida en la que no participo. Tienes tu trabajo y nada más. Ni siquiera te interesa follar. Follar...follar es otra tarea más en tu larga lista de deberes. No lo haces por placer, es una obligación más a tachar. Y lo peor, ni siquiera figura entre los primeros puestos.

—Madura de una vez por todas, ¿quieres? Somos adultos con obligaciones, hace rato que las hormonas no controlan nuestros cuerpos.

—Jill, tienes veintinueve años y la vida sexual de una abuela de noventa.

—En serio, no lo creo. Nunca pensé que pudieras llegar a ser tan desconsiderado. David, tengo una carrera, cuentas que pagar...

—Sí, sí. Todo eso ya lo oí antes —interrumpió David y enumeró con los dedos—. Tienes una carrera ascendente y es tu prioridad, nada ni nadie se interpondrá a eso; tienes un préstamo de estudios, la mitad de una renta, los gastos por los servicios, el veinte por ciento que separas todos los meses en modo de ahorro, la poca vida social que tienes... Ah, y no nos olvidemos de Suellen.

—¿Qué pasa con Suellen? ¿Qué hay con ella? —dijo y Jill sintió que se le encrespaban los cabellos de la nuca cual gata enojada dispuesta a mostrar las garras.

—¿¿¿Que qué hay con ella?!? Dios, Jill. No eres su madre y ella está en edad suficiente para salir de sus atolladeros sola.

—Yo no la saco de ningún atolladero. Solo la ayudo las pocas veces que lo necesita. No te olvides que, al igual que yo, no tiene nadie más con quien contar.

—Eso dolió, Jill.

—Vamos, no todos tuvimos la suerte de tener unos padres encantadores. Ella me tiene solo a mí y yo, a ella.

—Tiene veintidós años.

—Recuerda lo que hacías tú cuando tenías veintidós.

—Estudiaba y trabajaba, igual que ella.

—Sí, pero con la seguridad de que, si no llegabas a pagar la renta, vendría Diane a pagarla por ti. —Diane era la madre de David. Jill la quería más que a la suya propia. Era la mejor madre que cualquier ser humano o canino pudiera pedir—. Y tu trabajo era de medio tiempo, David.

—No me interesa hablar de tu hermana.

—No lo parece. Pero estoy de acuerdo, hablemos de tu amante.

—Jill, eres tan injusta. Mira... sé que cuando follamos haces un repaso mental de todo lo que

tienes que hacer al día siguiente.

—Eso no es verdad —mintió deliberadamente.

—Sí, sí que lo haces. Ahora el que te pide que no mientas soy yo. Jill, me equivoqué. Perdón, pero es que a veces siento que soy un estorbo en tu vida. Oye... —David se acercó hasta ella. No era alto, apenas unos centímetros más que ella. Él la tomó por la barbilla para que enfrentara su mirada—. Quiero que me digas qué planes tienes para nosotros. No es justo que me ates a ti cuando puedes vivir sin mí perfectamente. Jill, me di cuenta de que quiero a alguien que quiera estar a mi lado y no a alguien a quien le dé lo mismo si estoy o no.

—Yo...yo lo entiendo, pero no puedo. En serio. Lo siento, pero no puedo prometerte nada.

—Sí, sí. Lo sé. Solo quería que tú me lo dijeras —confesó David ofuscado—. Puedo marcharme cuando quieras. Al fin y al cabo, este apartamento es más tuyo que mío. No hay un solo adorno que hayamos elegido juntos.

«Eso, mi amigo, es la pura verdad», pensó ella a la espalda de él, que se alejaba hacia el dormitorio.

—Te daré un consejo de amigo, Jill. Al fin y al cabo, es lo que somos hace mucho tiempo. Porque a tu madre le haya ido pésimo en el matrimonio no significa que a ti te ocurra lo mismo. Yo me largo, pero soluciona tu mierda. Si no lo haces, te sucederá lo mismo con cualquier otro hombre —dijo mientras sacaba sus ropas de los cajones de la cómoda.

Luego de debatirlo con David durante media hora, llegaron a un acuerdo en común. Jill se mudaría con Livie un tiempo hasta que él consiguiera un apartamento en donde vivir y mudara todas sus cosas.

Livie era la mejor amiga de Jill, una de las pocas que tenía. Se conocieron en una clase durante el primer día en la universidad y la química entre ellas fue instantánea. A la semana parecía que se conocían de toda una vida. Eran opuestas en casi todo: Jill era racional mientras Livie era impulsiva; Livie era un desorden mientras Jill era todo prolijidad; Jill era metódica mientras Livie se aburría rápidamente de las rutinas. Por muy loco que pareciera, esas diferencias se complementaron en beneficio de cada una. Jill le enseñó que la vida puede vivirse a un ritmo más pausado y Livie le imprimió alegría y juventud a una Jill que siempre fue demasiado responsable.

—¿Quién? —La voz de su amiga a través del interfono sonaba más añorada de lo que en realidad era.

—Jack, el destripador, aquí —bromeó Jill.

—Sea bienvenido, señor Destripador —contestó Livie y pulsó el botón para abrir la puerta.

La barriga de su amiga la saludo antes que ella. Livie cursaba el quinto mes de embarazo, pero dada su corta estatura, apenas arañaba el metro sesenta, parecía una bola con piernas flacas. Sus cabellos rubio-cobrizos, característica compartida por prácticamente todos los miembros de la familia van Berg, estaban sujetos en un rodete cuidadosamente despeinado.

—¿Estás completamente segura de que allí dentro no hay trillizos?

—Ojalá pudiera decir que son mellizos, al menos. Pero no, es solo uno, lo demás es comida —

dijo y frunció la boca. El médico le había advertido sobre su constante e importante incremento de peso.

Livie había aumentado el doble de lo aconsejado y aún le faltaban varias semanas para la fecha de parto. Sin embargo, nadie se atrevía a retarla como merecía. Todos los que la querían sabían que no lo hacía adrede. Estaba atravesando una situación difícil, por no decir dramática, y la pobre se desquitaba comiendo todo aquello que se había prohibido durante tanto tiempo: azúcar, harinas, mantequilla, chocolates, frituras... En fin, lo que una persona atenta a su salud limita su consumo. Livie lo había hecho hasta que sucedió «el asunto», como lo llamaban entre ellas. Era más, Livie era tan estricta con su dieta que no consumía azúcar desde hacía varios años. Todo eso se había ido por la borda cuando el malnacido, apodo que le pusieron al padre del niño, exigió que Livie se hiciera un aborto porque no quería tener al niño. Hasta ahí se podría decir que era un fundamento válido, «el asunto» fue que el malnacido era el flamante padre de una pequeña niña de tres años y un bebé de cinco meses. Tenía una familia perfecta, una casa de ensueños en West Roxbury y una esposa que lo esperaba cada noche. Aquella decepción fue como un mazazo para Livie. Sin embargo, decidida a continuar con su embarazo, cambió de gimnasio para no cruzárselo ni siquiera en la calle y continuó, como pudo y a su manera, con su vida. Jill estaría en una cruzada legal contra el malnacido si no fuera porque Livie se lo había prohibido terminantemente.

—¿Cuánto aumentaste estas últimas horas? —Jill estaba comenzando a preocuparse—. La última vez que te vi, esa barriga medía dos centímetros menos.

—Ya vale...yo creo que tres —dijo y se hizo a un lado para que Jill pasara—. Será como en los viejos tiempos. Tú y yo, compartiendo apartamento.

—Faltarían varios de tus libros de estudio y ropa tirada por cualquier lado.

—Eso es lo único que ha cambiado. Por lo demás, seguimos siendo un desastre.

—Qué va, tenemos nuestros títulos y unas carreras con futuro.

—No te olvides de mi barriga —dijo Livie y señaló con el índice la pelota que le nacía desde debajo de los senos.

—Jamás podría olvidarla, es lo único que veo.

—Tengo hambre.

—Es tarde, ¿aún no cenaste? —preguntó Jill.

—Mmm, no —mintió Evie, pero su mirada la delató—, solo picoteé unas patatas mientras esperaba a que llegaras.

—Vamos, yo invito.

Caminaron hasta un local de comidas al paso que estaba a unas cuerdas del apartamento de Livie. Ella vivía en el Seaport District, un barrio del South Boston que, para suerte de los agentes de la región, había corrido con la misma suerte que el Southie. Se sentaron en una de las mesas que había en el lugar.

—Te veo devastada, Jill. No sé qué hacer para levantarte el ánimo, amiga —ironizó Livie.

—Me duele haber peleado con David y todas las razones que dio por su aventura, pero no lo

siento como una pérdida amorosa. Fueron muchos años juntos, demasiados. Separarnos fue lo mejor —continuó y le contó brevemente la conversación que mantuvieron—. Ahora que lo pienso, ¿estoy errada o David dio vuelta la situación y cargó la culpa en mí? —dijo luego de meditarlo un largo instante.

—Jill, no estuvo bien lo que hizo.

—Lo sé y, créeme, no intento justificarlo. Pero no hubo un gramo de mentira en sus razones. Ojalá hubiera tenido armas para refutar todo lo que me echó en cara, pero, lamentablemente, no pude. Además, me siento mal porque no me duele lo que se supone que debería de dolerme.

—¿No estás un poquitito enojada al menos?

—No, en realidad, siento como si no me hubiera traicionado. Lamento que no voy a tenerlo más en mi vida, David es un buen amigo. Pero, no. —Negó con la cabeza—. No puedo decir que esté enojada, mucho menos, furiosa. Debería estar un poco dolida al menos, ¿cierto? ¿Qué ocurre conmigo? ¿Es que no tengo corazón?

—Yo sé que lo tienes —dijo Livie y apoyó la mano en el pecho de Jill—. Está aquí, solo que no encontraste al indicado para que te lo robe.

—¿Para qué encontrarlo, Livie? Mira cómo estás tú.

—Yo tampoco encontré al indicado aún. Pero no pierdo las esperanzas. —Jill revoleó los ojos, su amiga era una romántica perdida—. Y sé que, cuando lo encuentre, volveré a enamorarme sin remedio. Una mala experiencia no me va a dañar para futuros candidatos.

—Malas experiencias, Livie —le recordó Jill. Su amiga alzó los hombros dejando en claro que no le importaba en lo más mínimo su opinión y le hincó el diente al sándwich relleno que había ordenado.

## **Un amor en secreto que llevará a Alessandro a huir de la que siempre ha sido su Estrella.**



Un amor de la infancia que crece con el paso de los años.

Dos amigos criados en el mismo ambiente familiar.

Alessandro ha estado enamorado de Estrella desde que eran pequeños, aunque nunca se ha atrevido a contarle la verdad de sus sentimientos. Ella le ve como su hermano mayor y él sufre cada vez que ella se lo dice. Cansado de la situación decide poner tierra de por medio. Sin embargo, lejos de arreglar el problema, Alessandro conocerá a una persona que le hará comprender el verdadero

significado del amor.

**Chris Razo** nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño. Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Chris Razo

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-92-6

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial





megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Mi dulce estrella

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Chris Razo

Créditos